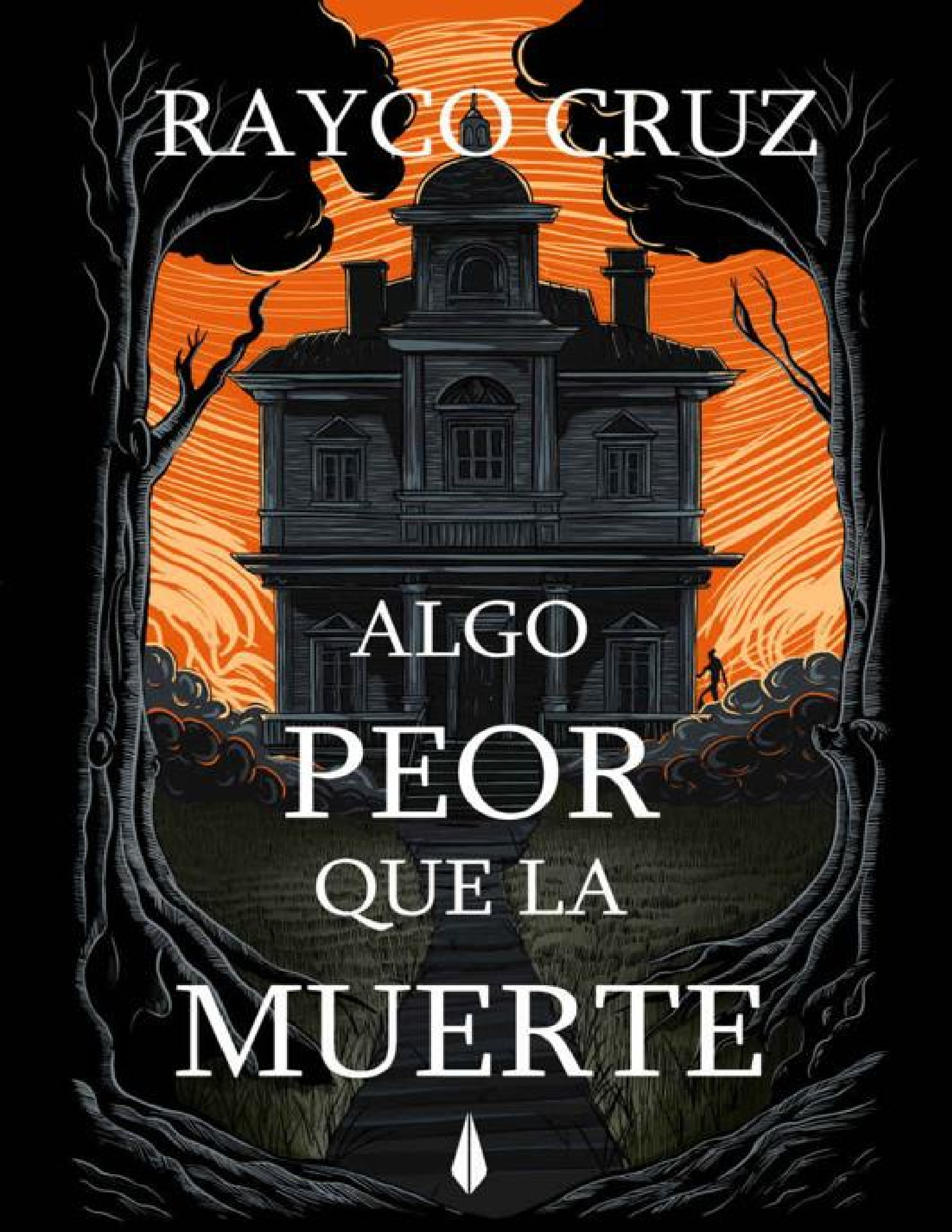


The book cover features a dark, atmospheric illustration. A large, multi-story house with a central dome and several windows is the central focus. The house is set against a bright orange, swirling background that resembles a sunset or a fire. The entire scene is framed by the dark, gnarled branches of trees. A small figure of a person is visible on the right side of the house, standing on a ledge. The title is written in large, white, serif capital letters, and the author's name is at the top in a similar font. A small white teardrop shape is at the bottom center.

RAYCO CRUZ

ALGO
PEOR
QUE LA
MUERTE

Contents

ALGO

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19

ALGO PEOR QUE LA MUERTE

RAYCO CRUZ

@del texto, Rayco Cruz, 2024
@ilustración de portada, Adrián Trujillo Marrero, 2024

PRIMERA EDICIÓN
Mayo 2024

Diseño de cubierta
Adrián Trujillo Marrero

Revisión del texto y cuidado de la edición
Enrique Martínez

Editorial Fundación
www.editorialfundacion.es
c/Batalla de Brunete, 20, 35013
Las Palmas de Gran Canaria

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

Arturo Aranda divisó el frente marítimo de Las Palmas de Gran Canaria con una ligera sensación de asombro. Había oído hablar de las islas, pero hasta ese momento no se había hecho a la idea de que fueran una región tan desarrollada. El sol recién salido ascendía a su espalda y otorgaba a la ciudad un cálido tono blanquecino que hacía resplandecer los edificios con destellos que bien podían pasar por dedos del mismísimo Todopoderoso. Acodado en la borda en un intento de controlar las náuseas y a medida que el buque Ciudad de Málaga entraba en el muelle de Santa Catalina, Arturo vio un considerable vaivén de barcos de diversas nacionalidades que entraban y salían, descargaban y cargaban mercancías en sacos y cajas. El Ciudad de Málaga era confortable y moderno, pero era un barco, y los barcos y él no se llevaban bien. Había dedicado la mayor parte del viaje desde Cádiz a controlar el contenido de su estómago dentro de su cuerpo, con escaso éxito. El día en que había puesto un pie en él había imaginado una travesía elegante en la que charlar con el resto del pasaje y disfrutar de buenas comidas y mejores vinos. A pesar de que el clima había permanecido estable, la realidad de la vida en alta mar le había golpeado como un bofetón inesperado.

Pero ya estaba allí.

Había llegado y deseaba saber si la leyenda que se contaba sobre brujería en aquellas tierras tenía algo de fundamento o si, como había descubierto en multitud de ocasiones anteriores, se trataba de una superchería más, un cuento para asustar a los niños o para amedrentar a los adultos de mentes simples.

La suya no entraba en esa categoría, desde luego. Estaba seguro de poder llegar al fondo de aquel nuevo misterio, introducir luz allí donde solo había sombras y revelar los secretos más enterrados.

El vómito le hizo distraerse de la hermosa visión del muelle, cada vez más cercano. Se dobló sobre la barandilla y dejó que su cuerpo tomara el control una última vez.

Quince minutos después, Arturo Aranda abandonaba el barco. Se había situado de manera disimulada entre los primeros, bien cerca de la puerta cuando permanecía todavía cerrada, con intención de salir cuanto antes. Cuando por fin la pasarela estuvo tendida, apenas pudo contener el impulso de empujar a quienes tenía delante para desembarcar.

El aire fresco de la mañana le supo a primavera, a salitre y tierra húmeda. Creyó renacer cuando pisó por fin el suelo del muelle. Aspiró con fuerza para llenar sus pulmones y vaciar su mente mientras intentaba comportarse como el caballero que era y dejar atrás aquella imagen penosa de pasajero mareado que deseaba la muerte. Pero no iba a ser tan fácil. A pesar de tener ya los pies bien asentados en tierra firme, todo se bamboleaba a su alrededor como si aún siguiera a bordo. Se pasó las manos por el cabello y se colocó bien la pajarita y la chaqueta para intentar disimular su incomodidad. Respiró hondo unas cuantas veces más y, poco a poco, la sensación ingrata fue disminuyendo hasta límites tolerables.

Cuando por fin pudo centrarse observó que estaba inmerso en el ajetreo que sacudía la actividad marítima a esas horas tempranas. Niños sucios y descalzos, vestidos con poco más que harapos, corrían de un lado para otro portando mensajes y recados. Carros tirados por caballos recogían y soltaban pasajeros con el sonido propio de los cascos sobre el suelo que le recordaban a su Madrid natal. Vio incluso algunos coches, sin duda pertenecientes a los más adinerados, pero que no dejaban de ser toda una novedad y una sorpresa.

Un golpe en el hombro de alguien que desembarcaba con más prisa aún que él le hizo darse cuenta de que se había detenido en mitad del paso. Un porteador soltó a su lado la pequeña maleta que había embarcado y se quedó allí, a la espera. Era un muchacho vestido con un discreto uniforme blanco, un poco amarillento ya por el uso, con pantalón hasta la rodilla.

Arturo sacó una moneda del bolsillo del chaleco y se la entregó al chico quien, al instante, desapareció pasarela arriba. En ese momento, regresó su atención a todo cuanto lo rodeaba. Allí, parado como un pasmarote, parecía el único que no tenía claro a dónde tenía que ir o qué debía hacer. El calor empezó a adueñarse de él. La humedad era muy alta y sentía ya la espalda empapada. Sacó un pañuelo y se limpió la frente.

En ese momento, uno de los jóvenes recaderos se detuvo a pocos pasos de su posición. Tenía la piel muy morena, con unos ojos marrones despiertos bajo un flequillo descuidado que pedía a gritos unas tijeras. Vestía una camisa desteñida que en otro tiempo debió de ser blanca y unos pantalones negros raídos y cortados a media pierna de cualquier manera. Iba descalzo.

—Buenos días, señor.

Arturo tuvo que mirar hacia abajo, pues el chico apenas le llegaba a la cintura. No podía tener más de diez u once años.

—¿Necesita que le ayude en algo, señor? Me llamo Echedey y soy rápido y discreto. Estoy a su servicio.

El acento del muchacho era muy peculiar, parecía estar recitando en vez de hablando. La frase le pareció muy elaborada, por lo que era muy posible que la hubiera aprendido y la recitara ante cualquier recién llegado. Le cayó bien de inmediato. En ese momento se percató de que estaba en una ciudad desconocida, a miles de kilómetros del último lugar en el que había pasado más de un día seguido, con una maleta entre los pies y sin tener ni la más remota idea de cómo llegar donde

tenía que ir.

Desde luego, necesitaba un guía.

Arturo sacó un papel de uno de sus bolsillos, lo desdobló y leyó las palabras que él mismo había escrito semanas atrás, la primera vez que había oído hablar de ello.

—¿Sabrías llevarme hasta la villa de Arucas?

El chico pareció dudar un instante, pero sus ojos se iluminaron de pronto, como si hubiera recordado un detalle importante.

—¡Por supuesto! He oído hablar del lugar, señor, pero no he estado nunca. No le voy a engañar...

—No me importa. Llévame allí como puedas y te pagaré como merece tu tiempo.

Echedey miró hacia los lados, a lo largo del muelle, como si analizara los recados que tendría que dejar de hacer en el tiempo que debía permanecer junto a este desconocido.

Por fin, asintió. Su flequillo, sucio y apelmazado, se sacudió arriba y abajo.

—Lo primero, coger el tranvía hasta la central de cocheras. De allí tendrá que alquilar una mula y tiraremos *p'al* norte.

Echedey no le dio a Arturo tiempo para la réplica. Con un movimiento ágil cogió la maleta sin apenas esfuerzo, a pesar de lo pequeño que era, y echó a andar. Arturo tardó unos instantes en reaccionar.

Sin pensarlo más, se puso en marcha en pos de su nuevo guía. En unos instantes se había unido a la algarabía nerviosa que dominaba el muelle.

3

La costa norte de la isla era un espectáculo embriagador. Formada por una sucesión de pequeños acantilados y calas de piedra y arena negra, conformaban un paisaje más propio de islas vírgenes, nunca horadadas por pie humano, que de un territorio del reino de España. El olor a salitre, algas marinas y roca secada al sol le hicieron sentirse como el Robinson Crusoe de las novelas de aventuras que tanto le gustaba leer. A pesar del cacareo constante de Echedey, que caminaba a su lado, y la presencia del dueño de la mula, que avanzaba sin decir palabra desde que habían salido de Las Palmas, Arturo era capaz de abstraerse e imaginarse en un lugar perdido, sin contacto con la civilización.

No tardaron en dejar la costa atrás y virar rumbo sur en pendiente ascendente. Los acantilados se vieron pronto sustituidos por extensos campos de plataneras. El verde de sus ramajes se extendía hasta donde llegaba la vista, punto en el que surgían, como gigantescas presencias celestes, las cumbres de la isla. El contraste era tan grande que su cerebro tardó unos minutos en procesarlo de manera correcta. El aroma de los campos cultivados y de la fruta madura sustituyó de forma paulatina al del mar. Si levantaba la mirada por encima de la marea verde podía divisar los caserones que gobernaban los campos, blancos como pequeñas estrellas en mitad de un universo particular.

Echedey era un saco sin fondo de información. Su lengua no se detuvo ni un instante del trayecto para aportar lo que consideraba que eran datos de interés de cada pequeña cosa que vieron, así como un poco de historia de la región. Todo ello con aquel extraño acento que, cuando hablaba muy rápido, le impedía entender lo que decía. Él no preguntaba nada por miedo a que la respuesta fuera otra retahíla de información imparable.

Arturo solo le hizo una pregunta cuando, según el dueño de la mula, faltaban un par de horas para llegar al pueblo de Arucas. El calor del mediodía, que había quedado ya atrás, le había dejado la ropa empapada en sudor. La humedad del aire parecía querer saturar sus fosas nasales y, en ocasiones, le impedía respirar con normalidad.

—Dime, Echedey. ¿Has oído hablar de Casona de las Torres?

El chico dejó una frase a medias para girarse hacia él, muy serio de pronto.

—¿Se refiere a la Casona de los Torres, señor?

—¡Eso!

Echedey miró en todas direcciones, como si temiera de pronto que alguien pudiera escuchar sus palabras.

—Yo no he estado, señor, pero dicen que es hogar de brujas. —El chico se persignó dos veces seguidas—. Cuentan historias feas.

Arturo sintió que la cosa empezaba a ponerse interesante. Echedey parecía incómodo de pronto.

—¿Conoces alguna de esas historias?

El muchacho bajó la mirada. Su voz, hasta ese momento jovial y un poco gritona, bajó tanto que Arturo tuvo que hacer un esfuerzo para escucharla por encima del sonido de los pasos de la mula.

—Un amigo mío cuenta que a un primo suyo lo cogieron de jornalero para los campos. Un día entró a trabajar en la finca y nunca volvió.

Guardó silencio de nuevo, pero Arturo estuvo seguro de que no había terminado todavía. Tras unos instantes, retomó el relato:

—Dicen que se oyen gritos y luces que se encienden a altas horas, señor. Durante la noche, me refiero. Es un lugar feo. —Otra vez miró en todas direcciones antes de continuar. Alzó la mirada hacia él con el ceño fruncido, preocupado—. La dueña es una bruja. Arturo, para extrañeza de Echedey, sonrió. Era justo lo que necesitaba oír.

La selva de plataneras se terminó de pronto y apareció ante su vista, tras un quiebro del camino, el pueblo de Arucas. Arturo sintió un impacto casi físico al encontrarse algo tan impresionante como inesperado: una gran iglesia en obras.

Dominaba todo el pueblo con sus dimensiones y a pesar de estar todavía en pañales, la majestuosidad del edificio ya se dejaba entrever. Rodeada de andamios y de trabajadores que iban y venían, subían y bajaban, y daban gritos bien audibles en el silencio reinante, ya se podía adivinar el tamaño grandioso que tendría el edificio una vez terminado.

—Hemos llegado, señor —dijo el dueño de la mula. Se habían detenido hacía un rato, pero él no se había percatado.

Bajó de un salto y pagó al hombre, quien guardó el dinero en su chaquetilla, sucia y desgastada por el sol, para después regresar por donde habían venido, a pesar de tener el ocaso encima. Arturo se imaginó por un segundo a sí mismo atravesando aquellos campos durante la noche y sintió un escalofrío. De algún sitio, el hombre sacó un pequeño farol y lo encendió. Arturo, sin saber muy bien por qué, se quedó mirándolo hasta que desapareció por un recodo. La luz se la tragarón las sombras.

Casi se sorprendió al darse cuenta de que Echedey seguía allí, aferrado a su maleta como si no hubiera nada más importante en este mundo.

—Por aquí, don Arturo —dijo y, de nuevo, se echó a caminar sin decir palabra.

Echedey encontró una fonda. Estaba situada en el interior de un desvencijado edificio de piedra negra. En la calle estaban ya encendidos varios faroles, parecidos a los que llevaba el hombre de la mula, que despejaban un poco las sombras que la noche en ciernes vertía sobre el pueblo. Solo se cruzaron con un par de vecinos que andaban aprisa, deseosos por llegar al hogar. En el trayecto hasta allí, apenas se habían encontrado con un par de personas, hombres de aspecto rudo, sombrero pajizo y manos recias, que los saludaron con la curiosidad pintada en el rostro. Arturo supo de inmediato que era por su ropa. Arucas parecía ser un pueblo campesino y él iba vestido al más puro estilo urbano.

A pesar de que había refrescado mucho, la temperatura y la humedad seguían haciéndole sudar.

—Don Luis, el de la mula, me explicó cómo encontrar el sitio —dijo Echedey ante la mirada inquisitiva de Arturo—. Dice que es buen lugar para comer.

Arturo si limitó a seguir al chico. La fonda no era gran cosa, pero tenía dos habitaciones en alquiler. Al preguntar cómo podía llegar a la Casona de los Torres recibió varias miradas de suspicacia por parte de los presentes. Le indicaron que tendría que salir unos kilómetros del pueblo en dirección oeste, hasta la Finca Torres, que era fácil de encontrar. No pudo pasar por alto los murmullos y cuchicheos que esta pregunta provocó, ni cómo durante la cena su presencia fue objeto de las miradas y los gestos de cabeza que intentaban resultar disimulados.

La habitación resultó ser un pequeño cuartucho con un catre, una mesilla baja, un gancho en la pared para colgar el abrigo y una ventana. Arturo estaba tan cansado que ni siquiera le preguntó a Echedey cuando vio que el muchacho se quitaba su chaqueta, la hacía un ovillo y la usaba como almohada para acostarse en el suelo, en el otro extremo del pequeño cuarto.

—Buenas noches —dijo, sin más, antes de empezar a roncar.

Arturo se quedó anonadado unos instantes. No esperaba que el chico se quedara con él. Había

supuesto que regresaría con el de la mula, pero lo cierto era que tampoco le suponía ninguna molestia. Sin darle más vueltas, también él se quedó dormido.

El amanecer lo recibió con un coro de grillos, gallos y cantos de pájaros que le resultó estimulante. Al bajar al comedor encontró una jofaina con agua en la que pudo lavarse las manos y adecentarse el cabello. Un pequeño espejo, ajado y casi opaco ya, le permitió ajustarse la pajarita y la chaqueta, pero las arrugas de la noche no las quitaría con tanta facilidad. Aun así, le pareció que tenía un aspecto bastante decente. Recogió y empacó lo poco que había usado esa noche y dejó la maleta lista, aunque no la llevó consigo. No sabía cuánto tiempo iba a requerir para su investigación y prefería conservar la habitación.

Después de pedir un desayuno frugal para él y su joven guía y pagar con unas pocas monedas, salieron. El aire fresco le recibió con alegría y Arturo llenó los pulmones. El olor de la tierra húmeda de los palmerales cercanos le resultó delicioso.

—¿Sabrás encontrar el lugar? —preguntó a Echedey.

—Creo que sí, don Arturo. Por aquí.

De nuevo, el chico echó a andar con paso firme. Se movía con la soltura propia de quien lleva muchos años buscándose la vida como puede, sin red que lo proteja de las caídas que provocan los golpes que va dando la realidad.

Con ese paso decidido Echedey se acercó a un anciano que desde tan temprana hora estaba ya sentado en una silla ante la puerta de lo que debía de ser su propia casa. Tenía la piel morena y arrugada, grandes manos de labriego y ropas muy gastadas por el uso y la solana. Arturo no pudo escuchar lo que el chico le preguntaba, pero pudo apreciar muy bien la mirada que el hombre le dedicó a él, con una mueca desdeñosa, mientras analizaba cada milímetro de su fisionomía. Volvió a centrarse en el muchacho y levantó un dedo para señalar algún punto impreciso más al norte al tiempo que negaba con la cabeza. El sombrero de caña calado le impidió ver más de su mirada, pero algo en su interior le decía que lo que le indicaba a Echedey no le iba a gustar mucho.

De pronto, el hombre sujetó al chico por la muñeca con aquellas manos como yunques y lo obligó a agacharse hasta que su boca desdentada quedó a la altura del oído del joven. Tras unas pocas palabras, Echedey se puso en pie de nuevo, algo envarado, y regresó junto a su cliente.

Pasó a su lado sin detenerse. Su rostro estaba serio y algo pálido.

—Vamos, es por aquí.

Arturo tardó unos instantes, pero echó a andar tras el muchacho. El anciano había bajado la cabeza y no se le veían los ojos ni expresión alguna.

—¿Qué te ha dicho ese hombre?

—Nada, don Arturo, no se preocupe.

Las palabras del chico no concordaban con su comportamiento, que se había vuelto ansioso, como si de pronto tuviera mucha prisa por llegar; tanto era así, que le costaba seguirle el ritmo.

El día se levantaba con rapidez y prometía una jornada calurosa. Arturo tuvo ocasión de apreciar la delicadeza del paisaje desde la posición elevada que tenía el pueblo. Hacia la costa, una suave pendiente saturaba la vista con el verde de los campos de plataneras hasta que la tierra se terminaba de pronto para dejar paso al mar interminable.

Una sombra se cernió sobre ellos al pasar junto a las obras de la inmensa iglesia. Pudo apreciar los exquisitos relieves, columnas con ricas tallas y el acabado delicado que prometían algo magnífico cuando la construcción estuviera terminada. Tenía la estructura ya varios metros de altura y empezaban a armar el andamiaje de una torre. A pesar de la hora temprana, Arturo tuvo

la sensación de que podía escuchar cánticos procedentes de su interior, aunque no veía obreros todavía en los alrededores.

Continuaron su avance sin detenerse y Echedey no pronunciaba palabra alguna. Arturo se perdió en sus pensamientos. Nada de lo visto hasta ahora le daba pista alguna sobre lo que había ido a buscar, sobre las leyendas y habladurías cuya veracidad quería desvelar en ese remoto lugar. Como investigador sabía que eran esas historias, ocultas y misteriosas, las que más aliciente tenían si al final mostraban tener algo de ciertas. Se imaginó escribiendo un libro sobre aquella en concreto y empezó a fantasear con la mejor forma de describir aquel paisaje fabuloso.

La ominosa conversación con el anciano casi había desaparecido de su mente cuando Echedey se detuvo de pronto a su lado y dejó la maleta en el suelo. Habían dejado atrás el pueblo y llegado a un camino de tierra protegido por una gran cancela anclada a sendos muros de piedra gris que se perdían entre las plataneras. A su izquierda, clavado en uno de ellos, aparecía un escudo de armas, un emblema familiar con la palabra Torres escrita en medio.

El camino de tierra y grava se perdía en un recodo una decena de metros más adelante, por lo que la casona quedaba fuera de la vista.

—Vamos —dijo Arturo, pero el chico no se movió. No quitaba ojo del escudo de la familia Torres.

—¿Qué ocurre, muchacho?

—Yo me quedo aquí, señor Arturo, si no le parece mal. Ya he cumplido mi trabajo y ese lugar me da mala espina.

—¿Es por algo que te haya dicho el anciano?

Echedey bajó la mirada hacia sus desgastadas alpargatas y Arturo supo que había dado en el blanco. Se avergonzaba por no poder completar su encargo hasta el final, pero quería mantener un poco de dignidad.

—Me dijo que en el pueblo la llaman la Casa de Bruma.

Arturo volvió a mirar al camino que se extendía ante él. Una ligera niebla matutina parecía envolver la finca, colándose entre los troncos de las plataneras, pero no parecía que le fuera a costar mucho llegar hasta la casona por sí mismo. El sendero no tenía pérdida.

—Los vecinos dicen que a veces la casa no te deja llegar a ella. La bruma lo impide.

—No te preocupes, chico. —Sacó unas monedas de su bolsillo y pagó a Echedey con generosidad por su guía—. Lo has hecho bien. Sin ti, aún estaría perdido en el muelle.

El muchacho alzó la mirada y sonrió, orgulloso de sí mismo. Arturo se preguntó si alguien le habría dicho algo así alguna vez.

—Estaré por el pueblo unos días más, a ver si engancho algún trabajillo —dijo—. Cuando termine, búsqieme y le ayudaré a volver a Las Palmas.

Se despidieron y Arturo lo observó unos instantes mientras regresaba con paso ligero.

Arturo centró su mirada en el camino que tenía por delante y cogió aire antes de empujar la alta cancela que lo separaba de la propiedad de los Torres. Había llegado hasta allí y ahora no iba a echarse atrás. Llegaría al fondo del misterio que envolvía aquel lugar. Si la leyenda había llegado hasta Madrid, hasta sus oídos curiosos, era porque algo de cierto debía de haber en ella. Si en aquella hacienda se estaba realizando algún tipo de brujería, él desentrañaría el secreto y lo haría público. Sería el espaldarazo definitivo para su carrera como investigador. Si lograba asociar su nombre a la Casona de los Torres, se convertiría en un experto en aquella materia. Ya se imaginaba dando charlas sobre ello en la Universidad.

Sonreía mientras los goznes de la cancela chirriaban cuando cedían, no sin dificultad, ante la presión que Arturo ejercía sobre ella. Cogió la maleta y empezó a avanzar por el sendero de grava, tan ancho que podría pasar por él una calesa y aún sobraba espacio a los lados. Sus pasos arrastrados levantaban ecos entre los troncos de los grandes árboles que lo rodeaban. La neblina parecía cerrarse un poco más a cada paso que daba. Al llegar al recodo que se apreciaba desde la cancela, ya estaba por completo envuelto en ella. Era fresca y húmeda, tan densa que apenas lograba ver dónde pisar. La luz del sol solo permitía el paso a algunos rayos para alumbrar de manera mortecina aquello que lo rodeaba. Escuchó el sonido de pequeños animalillos que se arrastraban o que se espantaban a su paso. Supuso que la hacienda no podía quedar muy lejos de la entrada, pero con cada paso que daba sin que la vivienda apareciera ante él, aumentaba su inquietud. La maleta le parecía un peso muerto que le hacía sudar y empezaba a desear dejarla en cualquier parte con tal de librarse de esa penitencia. El sudor se enfriaba en su piel por culpa de la neblina.

Un rato después, cuando empezaba a preocuparse, apareció ante él un muro de ladrillos.

«¡Por fin!», pensó, aliviado.

Soltó la maleta, que pareció hacer un estruendo al tocar el suelo en el severo silencio que lo rodeaba. Arturo sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor, dispuesto a estar lo más decente posible cuando se presentara ante los dueños de la hacienda.

Una ráfaga de viento, tan sutil como un suspiro, disipó algunos jirones de niebla y pudo ver la gran cancela de hierro que se alzaba ante él.

«¡No puede ser!»

Arturo se acercó a la reja, pero antes de llegar a ella ya sabía que era la misma por la que había accedido un rato antes, en la que se había despedido de Echedey. Incluso seguía entreabierta, como él la había dejado.

Había regresado al punto de partida.

Arturo miró en derredor. Era imposible. Estaba seguro de que, a partir del recodo, había avanzado en línea recta todo el tiempo. Si había trazado alguna curva, debió de ser tan sutil que se le había pasado por alto.

Cogió la maleta de nuevo y reanudó el paso más decidido que antes. Antes de llegar de nuevo al recodo miró atrás, pero del muro de acceso apenas se atisbaba una tenue sombra. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Los ruidos del cultivo que lo envolvía se hicieron más perceptibles. ¿Eran susurros esos tenues sonidos que llegaban a sus oídos como cantos de sirena de las viejas historias de marinos?

Arturo miró al suelo y centró sus pensamientos en sus zapatos, atento a cada paso que daba y dispuesto a no volver a cometer el mismo error. Era imposible que girara en el camino sin percatarse de ello. Los sonidos a su alrededor se intensificaron. Algo pasó zumbando junto a su oreja derecha. Sacudió la mano para espantar al intruso, pero solo palmeó el aire. Aquella neblina empezaba a atacarle los nervios. La maleta pesaba más a cada paso. Aceleró el ritmo.

Un buen rato después estuvo a punto de chocar, como si hubiera salido de la nada, contra una gran cancela de hierro.

Arturo tuvo que contener una exclamación.

—¿Qué sinsentido es este? —dijo en voz alta, aliviado de escuchar su propia voz.

Soltó la maleta y franqueó la cancela. Allí estaba el escudo de la familia Torres.

Había vuelto a la entrada.

Arturo se secó de nuevo el sudor. Los sonidos empezaban a invadir su cabeza. Parecía que hubiera decenas, quizás cientos, de roedores caminando entre sus pies. El viento agitaba las hojas de las plataneras, pero no despejaba la bruma y los susurros empezaban a inquietarlo más de lo que se atrevería a reconocer. Soltó la maleta allí mismo y comenzó a andar, seguro de que más tarde podría regresar a recogerla.

Con paso dubitativo volvió a afrontar el sendero. Estaba decidido a llegar a la casona como fuera. No tenía intención de regresar a Madrid con las manos vacías y sin una historia que contar. En vez de amedrentarse, se sentía más resuelto aún que antes. Se atusó el pelo para despejar el flequillo húmedo de su frente y volvió a torcer el recodo, esta vez sin mirar atrás. Se fijó en cada piedra, en cada guijarro y pequeña hierba que encontraba, dispuesto a detectar si volvía a pasar por ese punto en algún momento posterior.

Un nuevo zumbido sonó junto a su oreja, como si fuera un gran insecto volador. Se sobresaltó y espantó con la mano, de nuevo sin alcanzar su objetivo. Ahora por el otro lado. De nuevo golpeó, sin encontrar nada. Otro zumbido y otro más. En unos segundos pareció tener todo un enjambre de bichos alrededor de su cabeza. El ruido era cada vez más alto, saturaba sus sentidos y le impedía pensar con claridad. Se tapó los oídos con las manos, apretando tanto como podía, pero la algarabía seguía allí, como si estuviera en el interior de su cerebro y no en el aire que lo rodeaba. Se le escapó un grito ahogado, pero apenas tuvo conciencia de ello.

De pronto, todo desapareció y se hizo el silencio. Sorprendido, Arturo retiró las manos de las orejas. Ni insectos, ni roedores a sus pies, ni susurros... Ni siquiera se escuchaba el roce del viento contra las plataneras. El silencio era total.

Giró sobre sí mismo, tan sobresaltado por aquella ausencia de sonido como lo estaba antes por el escándalo. Al completar el giro vio una figura en mitad del camino.

Se le escapó un grito.

Era un hombre delgado y enjuto, vestido con un traje negro y una camisa blanca que destacaba como un farol en mitad de la neblina. Su rostro quedaba en sombras, pero Arturo pudo adivinar unos rasgos duros y apergaminados.

—¿Se encuentra usted bien? —dijo la figura. Su voz era grave y rasposa, como si saliera de una garganta poco acostumbrada a emitir sonidos.

—Yo...yo... —Arturo no encontraba las palabras.

El hombre dio un paso más hacia él, pero aun así no logró que sus facciones salieran de la bruma.

—No se alarme, señor Aranda. Parece usted agitado.

Arturo tragó saliva y la sintió espesa al bajar por su garganta.

—Acompáñeme. Creo que le vendría bien una copa.

Arturo logró asentir. Tenía los pensamientos atolondrados, incapaz de hilvanarlos correctamente. No era capaz de expresar con palabras el alivio que sentía en ese momento.

Echedey miró atrás en varias ocasiones, pero el señor Aranda se había perdido tras un recodo del camino. Estaba nervioso y le atemorizaba ese lugar, por lo que quería irse lo más rápido posible. Tenía la esperanza de ver al hombre volver al trote hasta la verja y pedirle que lo llevara de regreso al centro del pueblo.

Pero eso no ocurrió. La neblina se cerró a su alrededor y por un momento dejó de ver incluso la cancela, como si se hubiera cernido sobre él una sábana blanca. Sus pies no aguantaron más y echó a correr.

Cuando llegó al pueblo su corazón aún no latía con normalidad. Estuvo a punto de tropezar con un hombre que pasaba por el camino que ascendía hacia la obra de la iglesia. Vestía con traje bien planchado y sombrero.

—¡Cuidado, rufián! —le espetó.

—Lo siento, caballero. —Echedey clavó la vista en sus pies con la esperanza de que no le cayera una reprimenda. No sería la primera vez que le golpearan hasta sangrar por un desliz similar.

El hombre levantó la mirada hacia el camino por el que había llegado.

—¿Has estado jugando en la finca de los Torres?

—No, señor...

—Mira que les hemos dicho veces que no se acerquen a esa casa...

Echedey respondió sin alzar la vista:

—No soy del pueblo, señor. Solo he hecho de guía para un caballero que ha ido a visitarla.

El semblante del hombre se ensombreció. Achicó los ojos en dirección a la finca, como si quisiera alcanzar a divisar la vivienda desde allí, a pesar de que era imposible. Inmersa en el mar de plataneras, quedaba bien oculta a la vista. Volvió a centrar su mirada en Echedey.

—Estás temblando. Debes estar aterido. Ven conmigo.

—Pero, señor, yo...

—No me discutas, chico. Quiero que me cuentes quién es ese hombre y de qué ha venido a hablar con la señorita Gibson.

Arturo sintió que sus pulsaciones recuperaban el ritmo normal mientras seguía los pasos del hombre que lo había encontrado, quien parecía moverse por allí con soltura y seguridad. De nuevo, le daba la sensación de avanzar en línea recta en todo momento, como si no torcieran ningún recodo ni trazaran curva alguna. Estaba seguro de que, como le había pasado a él, en cualquier instante llegarían de nuevo a la cancela.

En un momento dado tuvo la sensación de que la bruma era un poco menos espesa. Parecía estar disipándose por fin. De pronto, el hombre se detuvo y Arturo casi choca con él. Una ráfaga de viento agitó la niebla y abrió un jirón en su espesura. Por él apareció una gran estructura casi rectangular de un color blanco níveo. El hombre de negro se giró hacia él y esa vez pudo ver bien sus rasgos. La niebla también parecía haberse desprendido de su rostro por fin. Era delgado, con los pómulos muy marcados y los ojos, que destellaban negros como el cielo nocturno, casi hundidos en las cuencas. El pelo, ralo y casi blanco, estaba peinado hacia atrás. La decrepitud parecía gobernar sus facciones.

Esa sensación cambió cuando el hombre sonrió.

—Bienvenido a la Casona de los Torres, señor Aranda.

La sonrisa, sincera y amable, suavizó tanto el rostro del desconocido que pareció por un momento estar ante una persona distinta a la que había encontrado en el camino un rato antes.

—Mi nombre es Esteban Rey y soy mayordomo de la señorita Gibson.

A pesar del nombre latino, Esteban tenía un ligero acento británico, pulido tras muchos años de practicar el español.

—Antes de entrar me gustaría indicarle que la señorita Gibson está enferma y es posible que no pueda dedicarle tanto tiempo como usted seguro merece. Espero que sepa comprenderlo.

Arturo no lograba salir de su estupor. La sorpresa y el alivio por haber encontrado la casa le impedían casi cualquier otro pensamiento. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Por supuesto —logró balbucear.

—Estupendo. Sígame, por favor.

Esteban reanudó la marcha por el sendero, que terminaba en una gran plaza de tierra coronada por una pequeña fuente que, en ese momento, no tenía ni una gota de agua. El hombre la señaló al pasar junto a ella.

—Estamos en una época de sequía y preferimos no malgastar el agua, pero la encendemos para las visitas. De haber anunciado la suya, la habría encontrado en funcionamiento.

Arturo aceptó la sutil reprimenda y siguió caminando en silencio.

La casona era una gran vivienda de dos plantas coronada por un techo de teja a un agua. La planta inferior estaba gobernada por una larga galería de arcos con varias puertas que quedaban a la sombra. La planta alta disponía de diversos balcones de madera labrados de manera exquisita. De ellos colgaban infinidad de plantas que le daban a la casa el aspecto de ser un elemento de la finca, surgido de la tierra como una platanera más. Al fondo, en el punto más alejado y formando una ele con la estructura principal, aparecía un pequeño edificio más sencillo, que Arturo atribuyó a la vivienda de los sirvientes.

Había un coche aparcado delante de lo que debía de ser la puerta principal. Arturo se quedó

mirándolo. A pesar de que había visto ya muchos en Madrid, incluso había paseado en uno de ellos, aquellas máquinas seguían sorprendiéndolo.

Para cuando llegaron a la sombra de la galería, la niebla se había disipado por completo. Esteban se aproximó a una gran puerta doble de madera pintada de marrón oscuro. Un puño metálico más grande que una mano normal hacía las veces de llamador, pero el hombre sacó un manojo de llaves de un bolsillo y eligió una con la seguridad que da la experiencia. La puerta se abrió sin emitir sonido alguno y Esteban se apartó a un lado para franquear el paso a su invitado. El interior era sombrío, pero Arturo no dudó y accedió a la casona. El ayudante se apresuró a cerrar la puerta tras él. Con el sonido de la madera al situarse en su sitio Arturo sintió que recuperaba la calma que el episodio vivido entre la niebla le había hecho perder. Recordó el motivo por el que había ido a la isla y el aplomo pareció regresar.

Su maleta estaba allí.

Arturo bajó la mirada, seguro de que tenía que estar equivocado, pero no era así. Aquel bulto junto a un aparador, en el que se exponía una soberbia colección de abanicos, desconcertante en un lugar como aquel, era su maleta, la que lo había acompañado desde tierras peninsulares. Se giró hacia a Esteban con la duda en la mirada. El hombre le respondió con una sonrisa.

—Un sirviente la encontró al comenzar la jornada de recolección. La trajo aquí de inmediato. Está un poco húmeda por culpa de la niebla, pero por lo demás está intacta.

—Muchas gracias. Temía que tuviera que regresar a por ella.

—Es un placer ayudar. Estará hambriento. ¿Desea tomar un tentempié antes de visitar a la señorita?

Arturo sintió cómo su estómago rugía ante aquella sugerencia. Esteban lo guió por varios anchos pasillos de piedra decorada con un delicado encalado blanco. En las paredes aquí y allá colgaban algunos retratos. Al notar su escrutinio, Esteban se sintió en la obligación de explicar.

—Son los antepasados de la señorita Gibson.

—Tenía entendido que esta finca pertenecía a la familia Torres.

Esteban sonrió.

—La señorita Gibson es Torres por parte de madre. Aunque es la última que queda y no tiene descendencia. El apellido se quedará entre estos muros.

Arturo percibió que Esteban pronunciaba aquellas palabras algo apesadumbrado. La flema que había mostrado hasta ese momento flaqueó un poco, pero se recuperó enseguida.

—El caso es que siempre ha habido un Torres en esta casa, de una u otra manera, desde la fundación del pueblo de Arucas. Quizás desde antes.

Arturo reprimió un silbido de admiración. No sabía cuántos años tenía el pueblo en ese momento, pero debían de ser un buen puñado.

El comedor era una estancia enorme, dominada por varias ventanas orientadas hacia los campos y decorada con varias pinturas más.

—Casi todos los cuadros pertenecen a la colección particular de la familia y fueron pintados por Elisendo Torres, el bisabuelo de la señorita Gibson. La comida llegará en unos momentos.

Esteban ese despidió y desapareció por una puerta situada al fondo. Una segunda puerta, opuesta a las ventanas, daba acceso a lo que parecía ser un gran patio interior de forma cuadrada en cuyo centro destacaba un pozo rodeado de hierba bien cuidada. Alrededor, una galería soportaba una balconada de madera que recorría toda la planta alta. De nuevo, los acabados de toda la estructura resultaban tan perfectos que parecían una obra de arte asimilable a los cuadros del comedor.

El roce de unos pies a su espalda le hizo girarse al tiempo que una sirvienta, una mujer menuda y

tan morena como Echedey, entraba en el comedor y dejaba una bandeja sobre la gran mesa de centro que gobernaba el espacio vacío de la sala. Sobre ella se disponían varios candelabros de tres brazos, delicados bordados y algunos platos decorativos. El olor de la madera antigua se mezclaba con el de la piedra con la que estaban contruidos los muros, lo que le dio a Arturo una sensación de longevidad, de algo que perdura con el paso de los siglos, muy reconfortante. Era como si permanecer bajo aquel techo artesonado, también de madera, fuera a evitarle cualquier mal que pudiera acecharle.

La mujer, que vestía un uniforme negro bajo un delantal blanco ya sucio, hizo una leve reverencia y abandonó el comedor sin decir una palabra.

Arturo se sentó en una de las diez sillas que descansaban alrededor de la mesa, alineadas a la perfección. Tomó la servilleta de tela que venía en la bandeja, la extendió sobre sus muslos y se abalanzó sobre la comida, compuesta por una ración de judías en salsa, patatas con piel y saladas, un trozo de pan aún caliente y una pequeña copa de vino.

La agradable sensación que le dejó el almuerzo temprano casi le hizo olvidar que, en esa casa, supuestamente, habitaba una familia de brujos.

Arturo tuvo tiempo de mirar los cuadros del comedor hasta aburrirse, de apreciar cada detalle de los rostros de la familia Torres, todos adustos y de mirada severa, altiva y algo soberbia. También tuvo tiempo de ver el sol extender su luz sobre los campos a través de las ventanas. La pared de plataneras era tan tupida que en ningún momento vio a nadie trabajando en ellos, pero se entretuvo en pensar que una plantación como aquella debía albergar a un centenar de trabajadores. Quizás abusando de la confianza de su anfitriona, accedió al patio y se acercó al pozo. Debía de estar seco, pues le llegó un olor desagradable, como a moho o putrefacción, desde el interior. El vértigo le impidió asomarse, por lo que regresó al comedor sin ver asomo de actividad por ninguna de las diversas puertas situadas alrededor, bajo las galerías.

La sirvienta regresó unos minutos más tarde con una nueva copa de vino y una jarra de agua.

—¿Sabe si la señorita me atenderá en breve? —preguntó, a la desesperada.

Tal y como había esperado, la mujer desapareció sin abrir la boca.

Con un suspiro, aburrido de dar vueltas, pero sin atreverse a desafiar a la señorita Gibson con una exploración por su cuenta de la casona, se sentó a beberse la copa de vino. Lo hizo muy despacio, apreciando su textura y calidez. Era un caldo excelente.

Estuvo tentado de sacar sus papeles de la maleta y echarles un último vistazo, pero se contuvo por temor a que la propietaria llegara justo en ese instante y descubriera el verdadero motivo de su presencia allí. Estaba seguro de que la sutileza sería su mejor baza. Eso le hizo pensar en que no había ideado ninguna excusa para justificar su visita, concentrado como estaba en dar con la vivienda por encima de todo y algo sorprendido por el recibimiento. ¿Qué había esperado en realidad? ¿Estrellas de ses puntas pintadas en las paredes? ¿Encontrar una vivienda rodeada de telas de araña, con calderos humeantes y gatos negros? Su experiencia como investigador le decía que las cosas no funcionaban así.

En ese momento, Esteban entró en el comedor. Arturo se puso en pie, algo sobresaltado, como si el mero hecho de pensar en el engaño pudiera delatarlo.

—La señorita Gibson lo verá ahora, señor Aranda.

Arturo siguió a Esteban hasta el patio, dejaron atrás el pozo y llegaron al otro lado, bajo la galería. Torcieron a la izquierda y accedieron a una escalera situada en el extremo. Sus pasos resonaron al pisar sobre los escalones de madera.

—La señorita Gibson espera que el almuerzo haya sido de su agrado. No recibe muchas visitas en los últimos tiempos y teme que sus habilidades como anfitriona estén algo oxidadas.

—Ha sido estupendo, gracias.

Accedieron a la planta superior y entraron en un salón enorme. En las paredes, varias vitrinas de madera labrada mostraban vajillas de exquisita factura y el suelo de madera estaba cubierto por una gran alfombra. Al fondo, una chimenea de piedra, encendida en ese momento, caldeaba el ambiente. Ante ella esperaba una figura sentada en una silla de ruedas. Era menuda y delgada, con un aspecto tan frágil que parecía que una mísera ráfaga de aire podría romperla en mil esquirlas. Llevaba las piernas cubiertas por una delicada manta de ganchillo que tapaba lo que a todas luces debían de ser unas piernas raquíticas por la enfermedad.

—Bienvenido al hogar de los Torres, señor Aranda.

Arturo se acercó hasta la mujer y le tendió la mano. En ese momento pudo ver bien su rostro. A

pesar de que Esteban se refería a ella como señorita, era una anciana que debía de superar los setenta años. Tenía la piel muy arrugada y flácida, con un color blanquecino que se oscurecía bajo los ojos. El pelo, sin un vestigio de color, estaba recogido en una cola baja que le caía sobre los hombros. Su voz, en cambio, era melodiosa y dulce, sin ningún parecido a la de Esteban, tan rasposa y rota.

Cuando tomó su mano para besarla en el dorso, tuvo la sensación de estar tocando un trozo de papel de lija.

—Es un placer conocerla, señorita Gibson. Le agradezco mucho su hospitalidad.

—No recibimos muchas visitas, así que es lo menos que puedo hacer.

La mujer señaló un sillón cercano, delante del fuego, y le pidió que se sentara. Esteban se situó detrás de la mujer y giró su silla hasta situarla ante él.

—¿Y bien? —dijo, y esbozó una gran sonrisa—. ¿A qué debo el honor de esta inesperada visita? Arturo recibió la pulla sutil por no haber anunciado su llegada con todo el estoicismo que pudo, evitando que el rubor vergonzoso ascendiera a su rostro.

—Soy historiador y estoy fascinado por la historia del pueblo de Arucas, sobre todo de la construcción de la iglesia.

Arturo se sorprendió a sí mismo por la naturalidad con la que le había salido la mentira. Pero no le resultó fácil continuarla.

—Tengo entendido que la familia Torres se encuentra aquí desde el principio, que incluso participó en la fundación del pueblo, así que me parecía de recibo pasarme a hacerle una visita y recabar cuanta información fuera menester.

—Ese es un gran proyecto, señor Aranda. Sabe bien que no debe darle alas a la lengua de una anciana si no quiere que la vida se le vaya en el ínterin.

La mujer rio por lo bajo y Arturo la acompañó.

—Por desgracia, no tengo demasiados documentos que puedan corroborar la historia de mi familia, perdidos en un incendio en vida de mi abuelo, pero puedo contarle todo cuanto sé, que es cuanto me contó mi madre mientras aún vivía.

—Será un placer, señorita. Es justo lo que necesitaba.

—Espero que haya traído un cuaderno bien gordo, señor Aranda, pero me temo que hoy no tengo mucho más tiempo para dedicarle, pues varios asuntos de la hacienda requieren mi atención urgente. Siéntase como en casa durante el tiempo que necesite. Solo le pediré que no visite esta zona, pues son mis aposentos privados y no resulta un lugar agradable por el que pasear. Digamos que mi enfermedad es un poco caprichosa a veces.

Arturo no tenía ni la más remota de lo que la mujer quería decir, pero asintió.

—Desde luego, señorita. Como usted guste.

—Estupendo, entonces. Nos vemos mañana y charlaremos largo y tendido.

Se dirigió a Esteban.

—Encárgate de acomodarlo. Que no se vaya de aquí diciendo que la familia Torres no sabe tratar a un invitado.

—Como ordene, señorita Gibson.

Cuando Arturo estaba a punto de llegar a la puerta, la mujer volvió a hablar.

—¡Casi lo olvido! Mañana damos una fiesta para unos cuantos amigos. Espero que se quede como invitado especial mío.

Aquello fue todo un impacto para Arturo, pero consiguió responder:

—Será un honor.

Arturo siguió a Esteban de vuelta a los pasillos de la casona. Se entretuvo observando la lujosa

decoración, repleta de mesillas, cuadros, candelabros, alfombras... El olor a madera, cera de velas y humedad se combinaban de manera embriagadora. Arturo se descubrió aspirando profundamente. Pasaron por un recibidor que daba a un jardín trasero y se sobresaltó al ver una figura en una vitrina. Era una virgen vestida con una túnica blanca y negra con el corazón asaetado por varios pequeños cuchillos puntiagudos. Su rostro era tan detallado que sus lágrimas parecían muy reales.

—Es la virgen de los Dolores —le informó Esteban al observar que Arturo se detenía ante la vitrina—. La señorita es una gran devota.

Arturo se limitó a asentir. No tenía palabras. Él no era muy religioso, pero aquella figura emanaba una angustia, un dolor tan bien expresado que estuvo a punto de arrodillarse ante ella para rezar un *Padrenuestro*.

Esteban le instó a continuar hasta que llegaron a un pequeño cuarto de paredes blancas. Disponía de una cama con dosel, una mesilla de noche, una jofaina y una ventana que daba al pozo del patio interior. En algún momento habían bajado una planta, pero Arturo, absorto por la belleza de la mansión, no se había percatado de ello. Si tuviera que regresar al salón en el que había tenido lugar el encuentro con la dueña, no habría sido capaz. Eso sí, no había hallado ni un indicio de que en ese lugar estuviera ocurriendo nada extraño o fuera de lo normal. De momento, aparte del curioso episodio de la niebla, nada parecía fuera de lugar allí.

—Cenaremos a las siete. —Las palabras de Esteban le llegaron desde el pasillo por el que el hombre ya se retiraba.

Su maleta ya se encontraba allí. Se sentó en la cama y lanzó un suspiro al aire, agotado. Aún sentía las nalgas escaldadas por el viaje en mula. Se quitó los zapatos y se tendió en la cama para estirar un poco las piernas.

Sin desearlo, se quedó dormido en un instante.

Arturo despertó sobresaltado, desorientado e incapaz de reconocer las paredes que lo rodeaban. Tardó unos instantes en recordar que se encontraba en la hacienda de los Torres. Miró por la ventana. Era noche cerrada. Se puso en pie aún somnoliento. Palpó el bolsillo de su pantalón hasta que encontró el pequeño reloj que le informó de que se le había pasado la hora de la cena. Se sentó de nuevo en la cama con la respiración agitada para intentar decidir si debía regresar al comedor o si eso no sería sino una forma de hacer más patente su falta de respeto al haberse saltado una comida. No sabía cómo podía tomárselo su anfitriona.

Por fin, fue su estómago quien respondió por él. Tenía hambre. Empezó a pergeñar una excusa para justificar su ausencia mientras se atusaba el pelo y se estiraba la chaqueta en un vano intento de eliminar alguna de las arrugas que mostraba.

El pasillo estaba frío en comparación con el dormitorio. El silencio en la casa era total. Miró a un lado y a otro para orientarse, tratando de adivinar en qué dirección debía ir para regresar al comedor en el que había almorzado esa mañana, pero no reconocía nada de lo que veía. Ahora se daba cuenta de que tenía que haber prestado más atención cuando Esteban le había llevado hasta allí. La casa estaba a oscuras y solo la luz de la luna que entraba de manera esporádica por la ventana le permitía saber dónde poner los pies. El silencio era sepulcral.

Con un chasquido de la lengua decidió una dirección y se puso en marcha. Pasó por delante de varias puertas cerradas y dobló varias esquinas antes de llegar al patio del pozo. El frío se coló por todos los resquicios de su cuerpo y le obligó a cerrarse la chaqueta. Una ligera nubecilla de vapor brotó de sus labios. Sentía la humedad en el ambiente, tan lejana del frío seco al que estaba acostumbrado en la capital.

La casa estaba ya durmiendo. No parecía haber nadie en pie que pudiera prepararle algo de cenar, a pesar de que por fin se había orientado, una vez localizado el pozo. Entonces escuchó una voz. Era apenas un susurro ininteligible.

Arturo tuvo la esperanza de encontrar a Esteban o a cualquier otro miembro del servicio. El patio seguía vacío. Observó un rato las puertas que podía ver desde allí, pero estaba todo en calma. Quizás fuera el viento. Se le escapó un suspiro y se resignó a regresar al dormitorio y pasar hambre hasta la mañana siguiente.

El susurro se repitió.

Arturo se giró con brusquedad. Algo le puso la piel de gallina. El sonido se repitió una vez más y se prolongó, aunque seguía sin poder entender palabra alguna. En ese momento, un ligero fulgor apareció en la galería de la planta alta. Al mirar en esa dirección pudo ver una figura que caminaba a pasitos cortos portando una palmatoria con una vela medio consumida.

Apenas podía distinguir sus detalles desde donde se encontraba, así que se dirigió a la escalera. Subió tratando de no hacer ruido para no molestar a quien pudiera estar ya durmiendo. Los susurros se intensificaron cuando llegó a la galería. Parecía una voz de mujer. La figura le daba la espalda. Estaba un poco encorvada y vestía un largo camisón blanco. Aunque no podía ver su rostro, estaba casi seguro de que de era la señorita Gibson, aunque él había entendido que la mujer estaba impedida para caminar.

Parecía estar hablando consigo misma. ¿Sería sonámbula? Había leído en alguna parte que no era

correcto despertar a alguien que camina dormido y, de todas formas, ella no podría ayudarle con la cena, así que supo que no obtendría nada de la mujer. Se dispuso a regresar por donde había venido cuando otra voz se sumó al susurro de su anfitriona. Era grave y parecía masculina, rota y rasgada. Arturo fijó más la mirada, pero no había nadie con la señorita Gibson, que seguía avanzando con paso inseguro en dirección contraria.

Tenía que ser Esteban, pero no reconocía la voz del hombre en aquel sonido estropeado que parecía responder a los susurros de la anciana.

Arturo cayó en la cuenta en ese momento de su situación: estaba en una casa desconocida, como invitado, y merodeando durante la noche, espionando a la cabeza de familia, por imposible que esto pudiera parecer, y desafiando las instrucciones que había recibido esa misma tarde. Supo de inmediato que si lo descubrían allí iba a tener que dar muchas explicaciones para que no lo echaran con una buena patada en el trasero.

Se giró para retirarse y regresar a su dormitorio, cuando se sumó una tercera voz a los susurros. Esta vez la reconoció de inmediato. Era Esteban.

—¡Leonor! ¿Se puede saber qué haces?

Más susurros por respuesta. Arturo no pudo distinguir las palabras. Si el nuevo interlocutor era en verdad el asistente, ¿con quién hablaba antes la señorita Gibson? El instinto de investigador de Arturo, curioso hasta lo indecente, le hizo pegarse a la pared y sumirse entre las sombras para descubrir qué se traía aquella gente entre manos.

—Regresa a la cama. Cualquiera puede verte.

Esteban trató de sujetar a la anciana por un brazo, pero ella lo retiró con un gesto brusco que poco encajaba con la mujer postrada en una silla de ruedas que había visto unas horas antes.

—¡Déjame! —La voz de la señorita Gibson le llegó clara en esa ocasión—. Esto no te concierne.

Esteban lanzó un suspiro que agitó la vela que él mismo portaba.

—Tienes que descansar, Leonor. Mañana llegan tus invitados, ¿recuerdas? Y no les gustará verte agotada y durmiéndote por las esquinas. Es el día de la herencia y todo debe salir bien.

La mujer guardó silencio, como si hubiera caído en la cuenta de algo importante. Nuevos susurros.

Esteban volvió a sujetarla por el brazo y esa vez la señorita se lo permitió. De pronto había perdido todo el ímpetu rebelde. Incluso su postura pareció cambiar, encorvándose un poco más.

Por alguna razón que no llegaba a comprender del todo, la conversación que acababa de escuchar había dejado un pozo de malestar en Arturo, una sensación de que se había perdido gran parte de una historia importante e inquietante. No podía quitarse de la cabeza el sonido roto de la tercera voz que hablaba con la vieja.

Arturo se aplastó más contra la pared cuando Esteban echó la vista atrás para asegurarse de que nadie había presenciado la escena. Cuando se sintió satisfecho, siguió a su señora, que ya había entrado por una puerta del fondo del corredor. En unos segundos, la luz de ambas palmatorias había desaparecido junto a ellos.

No había nadie más en el pasillo.

A duras penas, Arturo regresó a su dormitorio, aún con el estómago vacío y con más preguntas que respuestas. Le costó encontrar el camino correcto y terminó en diversas estancias en las que no había estado hasta ese momento. Era como si la propia casa cambiara su configuración, modificando su estructura para que no pudiera regresar al punto de partida. Su mente, enfrascada en el análisis de lo que acababa de vivir, apenas prestaba atención a sus pasos, por lo que este debía de ser el verdadero motivo de sus extravíos. No podía dejar de pensar en aquella voz que ponía los pelos de punta y el silencio de la casa le obligaba a mirar sobre su hombro a cada instante, convencido de que había escuchado pasos o susurros a sus espaldas. Por supuesto, nadie lo seguía.

Cuando por fin localizó su habitación, entró y cerró. Usó un pequeño pestillo para atrancar la puerta y se apoyó sobre ella, como si hubiera llegado a su propio hogar en vez de a una habitación prestada, en una vivienda extraña. Tenía la frente y la espalda empapadas en sudor y su corazón se agitaba con violencia dentro de su pecho. Se quitó la chaqueta y la arrojó lejos de sí. Quedó echado un ovillo de cualquier manera en un rincón. Después se aflojó la corbata, que parecía apretar su garganta para dejarlo sin aliento.

Se acercó a la jofaina y se lavó la cara. El contacto del agua fresca le alivió un poco la ansiedad que lo envolvía como una manta, oscura y pegajosa. Lo peor de todo era que no entendía por qué se sentía de aquella manera, cuando no había pasado nada que lo justificara. La señorita Gibson charlaba con Esteban, eso era todo. Pero algún recoveco de su mente descartaba esa teoría simplista por un hecho que podía ser o no de especial importancia: la mujer caminaba cuando le habían dicho que no podía hacerlo. ¿O no se lo habían dicho de una manera expresa? ¿Lo había dado por sentado al verla en la silla de ruedas?

Arturo se sentó en la cama. Había muchas explicaciones para ese hecho y la más sencilla era que no le hubieran dicho la verdad en su momento. Al fin y al cabo, ¿por qué tenían que hacerlo? Él era un extraño recién llegado y no invitado a quien habían acogido por pura cortesía. No había ninguna razón para darle explicaciones.

Tenía que ser eso, nada más.

Esas ideas, incluso el hecho mismo de pensar con claridad, establecer pautas y llegar a conclusiones, fueron poco a poco serenando su corazón. Cuando se hubo calmado, se dio cuenta de lo cansado que estaba. Abrió la maleta y sacó un calzón y una camisa limpia, dispuesto a tratar de descansar unas horas. Se sentía exhausto a pesar del tiempo que ya había dormido. Debajo de la blusa encontró su cuaderno de notas y un atado con lápices, pluma y tinta, que había llevado para registrar cuanto aconteciera en su viaje, y que seguían sin estrenar a pesar de que ya llevaba casi un día entero en la isla.

Tenía que organizar sus pensamientos y empezar a tomar notas, pero estaba exhausto. Decidió que al día siguiente comenzaría con el trabajo y se acostó. Había dejado de sudar. Estaba convencido de que le costaría conciliar el sueño, pero sus ojos se cerraron de inmediato.

Alguien golpeó su puerta. Arturo se sobresaltó. ¿Quién iba a molestarlo a esas horas de la noche? ¿Y si Esteban había descubierto su escapada y venía a reprenderlo o, peor aún, a expulsarlo de la hacienda? No quería ni imaginarse a sí mismo en mitad del cultivo de plataneras en plena noche y sin saber regresar al pueblo por su cuenta. Por la ranura entre la madera y el

suelo se veía el tenue resplandor de una vela.

Se levantó y abrió, dispuesto a aceptar la reprimenda de Esteban.

Al otro lado no había nadie. El pasillo estaba a oscuras y en completo silencio.

Arturo asomó la cabeza. Esperaba encontrar a alguien alejándose a toda prisa, pero el corredor estaba desierto. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras cerraba. Regresó a la cama con un suspiro. Debía de estar más cansado aún de lo que pensaba. Antes de acostarse, su mirada se desvió de nuevo hacia la puerta.

El resplandor había vuelto. Había alguien al otro lado. De un salto llegó hasta allí y abrió.

Oscuridad y silencio.

«No puede ser».

El pasillo mostraba el mismo aspecto que un momento antes.

—¿Quién está ahí? —dijo a las sombras—. No tiene gracia. ¡Muéstrese!

Por un momento pensó que escucharía aquella voz rota y rasposa que hablaba con la señorita Gibson, pero nadie le respondió. Nada agitaba las sombras.

De nuevo, entró en el dormitorio y cerró la puerta. Sintióse exhausto, apoyó todo su peso contra ella y cerró los ojos para serenarse. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Las leyendas que había escuchado sobre la hacienda lo estaban trastornando?

Abrió los ojos y miró sus pies descalzos. Casi da un salto al comprobar que estaban iluminados por un tenue fulgor. La luz estaba de nuevo allí. Arturo supo que si abría no encontraría a nadie, como las dos veces anteriores. Se agachó para mirar por la rendija, un espacio de un par de centímetros que separaban el borde inferior de la puerta del suelo de madera. Pudo ver el pasillo iluminado por una vela. Allí estaban los cuadros y las alfombras, pero ninguna persona que sostuviera una palmatoria. Tras unos instantes volvió a levantarse, más inquieto aún que antes, incapaz de explicar lo que estaba ocurriendo. Para alguien como él, para quien la racionalidad lo era todo, que dedicaba su vida a resolver misterios y lanzar luz sobre las sombras de la ignorancia, no encontrar respuestas era un suplicio.

En el momento en que se resignaba a dejarlo correr y regresar a la cama, algo se interpuso ante la luz, enviando una sombra por la rendija hasta su dormitorio. Algo lo paralizó, impidiéndole doblegarse al impulso de abrir de nuevo. No podía moverse. Su corazón se volvió loco dentro de su pecho. Había comprobado dos veces que no había nadie en el pasillo, pero podía distinguir la forma difusa de dos pies en las sombras que proyectaba.

Arturo sintió que el tiempo se detenía; que hasta el mismo silencio quedaba expectante; que lo que fuera que había al otro lado estaba escuchando.

Tras lo que pareció una eternidad en la que Arturo apenas fue capaz de respirar, la sombra se desplazó pasillo arriba. Unos segundos después, la luz se apagó también. Sintió que le fallaban las piernas y se dejó caer en la cama. Sus pensamientos comenzaron a dispararse en todas direcciones en un intento de encontrar una explicación a todo aquello, pero nada parecía tener sentido.

Tardó un buen rato en conciliar el sueño y lo hizo con la mirada puesta en la puerta del dormitorio.

El resplandor no regresó.

Arturo tuvo un sueño ligero e inquieto. En varias ocasiones se despertó con el corazón agitado. Al mirar hacia la puerta, veía que aún reinaba la oscuridad. No hubo más luces ni sombras en el pasillo durante el resto de la noche.

Al despertar a la mañana siguiente se sentía como si le hubieran dado una paliza de muerte, como si en vez de dormir hubiera estado haciendo ejercicio durante toda la noche. Además, el estómago le rugía.

Abrió la maleta y se vistió con una muda limpia, se acicaló lo mejor que pudo en la jofaina y salió con la esperanza de ser capaz de encontrar el comedor por sí mismo. Cuando dobló la primera esquina se tropezó de bruces con una sirvienta. La mujer se deshizo en reverencias y disculpas.

—La señorita Gibson le espera para desayunar, señor Aranda.

—Gracias. ¿Sería tan amable de señalarme el camino?

La mujer se apresuró a guiarle hasta un nuevo comedor, que resultó estar también en la segunda planta. De aspecto muy diferente a aquel en el que había almorzado la tarde anterior, este estaba decorado con delicados muebles de madera, era un poco más pequeño y solo disponía de una pequeña mesa para cuatro comensales. En ella estaba ya la anciana con una taza caliente entre las manos. Sentado a su lado se encontraba Esteban mientras que dos sirvientes, de pie y separados varios pasos de la mesa, esperaban indicaciones.

La muchacha que lo había llevado hasta allí cerró la puerta tras él en el más completo silencio. La sala olía a pan recién hecho y a café.

—Buenos días, señor Aranda —dijo la mujer con una gran sonrisa que reveló una hermosura postrera en sus rasgos delicados. Arturo entendió entonces que en su juventud debía de haber ostentado una gran belleza.

Esteban se puso en pie para retirar una silla e indicar a Arturo con un gesto que podía sentarse en ella. No fueron sus pies los que lo llevaron acercaron, sino el aroma del desayuno, que parecía alzarlo en volandas. Ya tenía el servicio dispuesto sobre la mesa y, desde que tomó asiento, uno de los sirvientes le puso delante un plato con pan, mantequilla y una taza de leche. En el centro reposaba una bandeja con una manilla de plátanos y otra con varios tipos de quesos cortados en cuña que otorgaban al comedor una deliciosa mezcla de aromas.

—Es leche de nuestras propias cabras —dijo la anfitriona sin perder la sonrisa—. Espero que le guste.

Arturo la probó. Era deliciosa. Su calor le generó una inmediata sensación de paz.

—Es deliciosa, señorita Gibson.

—Pues coma, coma. No sea vergonzoso.

Arturo no se hizo de rogar y comenzó a devorar el pan untado de una mantequilla que, supuso, estaba realizada también con leche de producción local.

Esteban también había empezado a comer sin quitarle ojo. Sus modales exquisitos contrastaban con los de Arturo, a quien el hambre parecía haberle hecho perder la compostura. La anciana no parecía darle importancia, pues no dejaba de mirarlo con la sonrisa de una madre que ve comer a su hijo su almuerzo favorito.

—¿Ha pasado buena noche, señor Aranda?

Arturo tuvo la sensación de que el trozo de pan que masticaba en ese momento se atascaba en su garganta cuando intentó tragarlo. El recuerdo de los acontecimientos de la noche estuvo a punto de agriarle la leche, pero no estaba dispuesto a que lo tacharan de loco, por lo que prefirió evitar mencionar lo vivido tras la puerta de su dormitorio y el encuentro con la figura en camisón.

—He dormido como un bebé —mintió Arturo—. El silencio de este lugar es un excelente somnífero.

Con un vistazo fugaz, comprobó que la anciana estaba sentada en su silla de ruedas, las piernas cubiertas con una manta. Bajo ella se adivinaban dos extremidades delgadas y raquíticas que difícilmente podrían sostenerla erguida. No, la persona a la que había visto de madrugada no podía ser la misma que ahora tenía delante con el aspecto de una abuela cariñosa y amable. Aquella voz rasgada que aún le ponía los pelos de punta no podía haber surgido de su garganta. Bebía de su taza con sorbos pequeños y delicados, sin dejar de mirarle. Esteban, en cambio, estaba centrado en su propia comida, sin prestarle la más mínima atención, serio y hosco. Por un momento, Arturo tuvo la impresión de que su presencia irritaba al hombre.

Entre sorbo y sorbo, la mujer preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué necesita saber?

Arturo carraspeó. Las mentiras improvisadas tenían el defecto de tener que mantenerlas y estirarlas.

—Veo que no ha traído ningún cuaderno en el que tomar notas...

Arturo sintió que se arrebolaba por el desliz.

—No sabía que tendríamos la entrevista en este momento —respondió a bote pronto. Hizo ademán de ponerse en pie para ir a por su libreta mientras soltaba el trozo de pan que tenía en la mano.

—No, no —le interrumpió la anciana. Arturo se detuvo—. No es necesario. Por favor, termine de desayunar. Podemos charlar. Estoy segura de que podrá retener lo más trascendente. Tampoco es que la memoria de una anciana sea muy fiable...

La señorita no perdía la sonrisa. A Arturo empezaba a resultarle un poco inquietante.

—¿Trabaja para algún medio que yo conozca? Soy una gran aficionada a la radio...

Arturo carraspeó.

—Aún no. Estoy escribiendo este libro con intención de venderlo a algún editor, pero no tengo ningún compromiso por escrito aún...

La sonrisa de la mujer titiló por un instante.

—Vaya, es una lástima.

—Pero la mencionaré por su amabilidad y cercanía, si eso le parece bien.

La mujer se emocionó de pronto.

—Eso sería un verdadero detalle por su parte, señor Aranda. Mi nombre no ha salido nunca en ningún libro...

—Llámeme Arturo, por favor, y será un verdadero placer. Es lo menos que puedo hacer en agradecimiento por su generosa hospitalidad.

Durante la media hora siguiente, Arturo hizo cuantas preguntas se le ocurrieron respecto al pueblo y su fundación, sobre las obras de la iglesia y los campos de cultivo. No se atrevió a preguntar por la historia de la casa. Le pareció demasiado pronto y no quería espantar a la anciana. Durante ese tiempo se comió dos plátanos, tan sabrosos como todo lo demás.

Esteban presenció la conversación sin participar ni una vez. Ninguna palabra salió de sus

labios. Los sirvientes trajeron una segunda remesa de café de la que bebieron los tres.

Tras esos treinta primeros minutos, pareció activarse.

—Leonor —dijo, interrumpiendo una pregunta de Arturo—. Debes descansar. Recuerda que esta tarde llegan los invitados

—¡Es verdad! —Los ojos de la anciana se iluminaron—. No faltará, ¿verdad, Arturo?

Arturo no dudó ni tuvo que mentir. Una fiesta era lo mejor para recabar información, pues los invitados solían estar de buen humor y en disposición de soltar la lengua. Había sido una suerte llegar a la hacienda justo ese día.

—Será un verdadero placer, señorita Gibson.

Esteban se puso en pie y se situó tras la silla de anciana. Arturo se levantó a su vez.

—Llámeme Leonor —dijo, antes de abandonar el comedor por una puerta diferente de aquella por la que había entrado Arturo, quien se dio cuenta de pronto de que se había quedado solo y tenía todo el día por delante.

Los dos sirvientes empezaron a recoger la mesa pero, antes de que retiraran la bandeja, hizo acopio de dos plátanos, pues no sabía a qué hora ni en qué condiciones sería el almuerzo.

Ante la perspectiva de tener varias horas a su disposición se propuso iniciar de forma activa su investigación. No había fuente de información más útil y verídica que el personal de servicio, así que trazó enseguida un plan de acción.

Empezaba a familiarizarse con la distribución de la hacienda, por lo que no le costó encontrar la salida que daba a la plantación. Tuvo que pasar por delante del pozo y su olor le obligó a taparse la nariz. ¿Cómo era posible que oliera tan mal un pozo de agua? Se sintió tentado de mirar en el interior, por si había algún animal muerto, pero se contuvo a fin de evitar aspirar aquel hedor más tiempo del imprescindible.

La actividad a su alrededor era intensa, con personal moviéndose de un lado para otro. Pudo distinguir jardineros y limpiadoras, principalmente. En el patio empezaban a disponer varias mesas grandes, pues daba la sensación de que la fiesta se celebraría allí. Pero estas personas estaban demasiado atareadas y Arturo supo que no tendría ocasión de hablar con ellas. No, su objetivo se encontraba fuera, en los campos.

La puerta exterior no estaba cerrada con llave. Salió y lo recibió una fresca y húmeda mañana. Una escalera de piedra con barandilla decorada con varias jardineras de plantas florecidas llevaba hasta un sendero de grava que se internaba en el cultivo de plataneras a una veintena de metros. Desde esa posición un poco más elevada pudo ver, a lo lejos, una fina de línea de mar azul desde el que se levantaba el sol matinal. De nuevo, la sensación de estar en un lugar casi virginal lo invadió y le invitó a respirar profundo, a llenar sus pulmones con ese aire fresco y limpio. No pudo evitar compararlo con el ambiente de Madrid, tan bullicioso y, en ocasiones, agobiante. Allí el tiempo parecía haberse detenido a observar la mañana que se desperezaba, igual que hacía él.

Una pareja de operarios apareció en dirección al camino de grava. Eran dos hombres muy morenos que llevaban varios aperos de labranza al hombro. Cubrían su cabeza con sendos sombreros de paja o mimbre. Lo saludaron con una ligera reverencia y Arturo les devolvió el gesto. Unos segundos después habían desaparecido entre los troncos de las plataneras.

Arturo vio su oportunidad y se lanzó tras ellos. Enseguida se sumergió en el cultivo. La altura de los árboles le impedía ver nada más allá de sus pasos y unos pocos metros más adelante, a pesar de que en aquel punto la distancia entre ellos era suficiente como para que pasaran varias personas hombro con hombro. Parecía ser una vía de servicio, un acceso al corazón de la plantación. El olor a humedad y plátano maduro se intensificó a medida que se

internaba en el verde y el marrón hasta el punto de saturar sus sentidos. Pero había algo diferente, un aroma que en nada se parecía al de las frutas. Arturo dejó aflorar una sonrisa cuando distinguió a qué pertenecía.

De pronto, se abrió un calvero ante él, una zona despejada de unos diez metros de diámetro. Allí estaba reunida media docena de hombres, sentados en torno a una cafetera situada sobre un círculo de piedras en cuyo interior se adivinaba una tímida llama. Era un artilugio muy gastado y anticuado, pero emitía un aroma embriagador.

Los hombres se pusieron de pie de un salto al verlo llegar. Se quitaron los sombreros y saludaron. Arturo los hizo a su vez con una gran sonrisa.

—Tranquilos, amigos, esto no es necesario. No tenéis que parar por mí. Al contrario, ¿estarías dispuestos a compartir una taza de ese líquido delicioso con un forastero?

Los jornaleros se miraron entre ellos, inseguros de cómo actuar ante el extraño. Uno de ellos se sentó de nuevo. Era el más viejo de los seis, un hombre maduro entre un grupo de muchachos. Su piel arrugada y su pelo encanecido hablaban de una vida de trabajo duro a la intemperie. La cafetera empezó a borbotear. El café estaba listo.

Al ver que los hombres se relajaban, Arturo acercó un tocón de madera y se sentó también. El suelo estaba cubierto de hojas de palmera secas y aplastadas.

El líder de aquella cuadrilla sirvió una pequeña taza con forma de escudilla de bronce y se la acercó al inesperado invitado. Arturo la cogió y agradeció el calorcito que le invadió la palma de las manos. Tenía un aroma y un sabor mucho más intensos que aquel que había tomado en compañía de la señorita Gibson.

—¿Lleváis mucho al servicio de la hacienda? —preguntó tras un rato de silencio pensativo.

—Yo llevo tantos que he perdido la cuenta —respondió el hombre mayor—. Los demás, pues unos más y otros menos.

Arturo miró a los más jóvenes, apenas muchachos, pero con una constitución que evidenciaba que ya llevaban algunos años dedicados a esas duras labores.

—Es un lugar hermoso para trabajar...

De nuevo cayó el silencio.

—¿Habéis visto u oído algo extraño en la casa alguna vez? ¿Algo fuera de lo normal?

De repente, la actitud de los jornaleros cambió. Tres de ellos levantaron la mirada, como si se hubieran sobresaltado. Dejaron sus tazas y comenzaron a recoger. Apagaron los rescoldos de la pequeña fogata a toda prisa y uno metió la cafetera, ya vacía, en un morral que parecía servir a ese único efecto. Los demás les imitaron enseguida. El hombre del morral le arrebató la taza a Arturo de un tirón muy poco amable y la guardó también. En unos instantes, todos se habían perdido entre los troncos. Arturo se quedó solo en el calvero, con la sensación de no saber qué había pasado y la impresión de que había desperdiciado una oportunidad de oro para recabar información. Aquella reacción le parecía inusitada y exagerada.

Una agitación en la selva de plataneras le indicó que alguien venía. En el calvero apareció de nuevo el líder de la cuadrilla. Estaba muy serio y Arturo tuvo la sensación de que un poco pálido.

—Esas son peligrosas preguntas, señor. No las haga más. Váyase. No hay nada bueno aquí para usted. Váyase. Aún está a tiempo.

Sin más palabras ni darle a Arturo tiempo de réplica, el hombre volvió a perderse entre las plataneras.

Si la espantada de los trabajadores le había sorprendido, lo que acababa de escuchar lo

había dejado anclado al suelo, incapaz de moverse durante varios minutos. Pero otro detalle le preocupaba más aún que las palabras: había visto algo en la mirada de aquellos hombres, apenas un destello, un momento fugaz de reconocimiento, un instante diferente.

Había visto miedo.

Echedey no podía dejar de mirar lo que pasaba a su alrededor. Entre tantos adultos le era imposible no sentirse como el niño pequeño que era.

El hombre con el que había tropezado resultó ser el mismísimo alcalde de Arucas. Aunque le dijo su nombre, no había sido capaz de retenerlo. Le guio hasta un edificio muy elegante y le ofreció un poco de agua después de pedirle que se sentara en una silla de madera ubicada delante de un gran escritorio. Echedey trató de que su mirada no se perdiera en las estanterías llenas de libros y papeles, los cuadros que decoraban las paredes y, sobre todo, en el rostro agradable de la secretaria que se había personado y parecía dispuesta a tomar nota de todo en un fajo de papeles.

El hombre desplazó una silla y se sentó junto a Echedey y le pidió que le explicara todo lo que había ocurrido desde que Arturo había llegado al puerto hasta ese momento. Le costó un poco que salieran las palabras, pues se sentía achicado por la presencia de aquel hombre tan elegante e importante. La experiencia le decía que debía alejarse de esas personas, que alguien como él nunca sacaba nada de ese tipo de encuentros. Pero ahí estaba, ante uno de ellos y teniendo que responder a un sinfín de preguntas. No sabía por qué era tan importante todo aquello pero, cuando hubo terminado de relatar los hechos y se acabaron las preguntas, el alcalde le atusó el pelo y se puso en pie casi de un salto. Después, se dirigió a la mujer y empezó a hablar en voz muy baja. Ella se afanaba en tomar nota de todo. Cuando terminó, salió del despacho como una exhalación. El alcalde regresó su atención a Echedey.

—El ayuntamiento tiene un pequeño cuarto en el que te puedes quedar esta noche. Es el que usa el celador cuando necesita echar una cabezada. Gloria te buscará algo de comer.

Después de eso había pasado el día dando vueltas por el ayuntamiento sin que nadie le prestara atención. Para un niño curioso como él no había plan mejor: un edificio enorme con mucha gente que trabajaba y sin nadie que le impidiera ir a ninguna parte. De alguna forma, todos se habían enterado de que era algo así como un invitado del alcalde y nadie lo molestaba.

A última hora de la tarde lo interceptó Gloria con un plato de potaje. Le indicó que la siguiera y fue con ella hasta un cuartucho situado en el sótano. Era húmedo y pequeño. Disponía de un catre medio desvencijado y diversas estanterías con multitud de artículos cuya utilidad desconocía.

—No es que sea el mejor dormitorio del mundo —indicó la secretaria con media sonrisa—, pero al menos estarás bajo techo. Las noches aquí son muy húmedas.

Echedey cogió el plato que le ofrecía.

—Está muy bien, gracias. Dele las gracias al señor alcalde de mi parte, señora.

Gloria salió del cuarto, con cuidado de cerrar la puerta tras de sí. Echedey quedó a solas con el silencio y el plato de comida caliente. Se sentó y la devoró en segundos.

Al día siguiente estaba ante la entrada del edificio cuando dio comienzo el horario de atención al público. Se sintió muy importante al ver que él estaba dentro mientras media docena de personas esperaba fuera a que abriera el ayuntamiento.

Después de estar un rato deambulando, Gloria acudió en su busca para guiarlo hasta una discreta sala de reuniones. Era muy sobria, con apenas una mesa, cinco sillas y una estantería.

Por la única ventana entraba una tenue luz matinal que generaba un ambiente muy agradable en contraste con el aspecto circunspecto de las cuatro personas que se encontraban en ella.

Gloria le indicó que se sentara en un rincón y después le habló en voz baja:

—Solo estás aquí por si necesitan preguntarte algo más. Si no es así, no digas nada y trata de no molestar.

Echedey se limitó a asentir, temeroso de que todas aquellas miradas tan serias recayeran en él. Ella se situó a su lado con aquellos papeles que parecían formar parte de su vestuario.

Las personas allí reunidas eran muy extrañas. El alcalde iba tan acicalado y elegante como el día anterior. Los otros, altos y fornidos, iban con ropa mucho más sencilla: chaqueta y pantalones con los codos y las rodillas zurradas. Saltaba a la vista que no trabajaban en el ayuntamiento.

Ninguno de ellos le prestó atención.

—Sabemos muy bien cómo terminan esas reuniones —dijo con voz tranquila uno de los hombres.

—No puede salir nada bueno de ahí y lo sabes.

El alcalde estaba de pie, dando vueltas sobre sí mismo como una peonza humana.

—Estarán todos allí y es gente muy importante. No pueden sospechar nada.

Uno de los hombres sonrió y Echedey se estremeció. Era una sonrisa dura y cruel, la de alguien que parece a punto de darle un pescozón a un niño solo porque le apetece. Lo había visto muchas veces en el muelle. Había que alejarse de las personas capaces de sonreír así.

—No se preocupe de nada, señor alcalde. Déjelo de nuestra mano.

El alcalde detuvo su paseíllo y miró a cada uno de los hombres a los ojos. Se notaba desde lejos que estaba intentando tomar una decisión difícil. Por fin, asintió con el más leve movimiento de cabeza que Echedey había visto nunca.

Los tres hombres se pusieron en pie al unísono. Al retirarse hacia la puerta Echedey pudo apreciar el olor a sudor que desprendían, a pesar de que parecían haberse acicalado para la reunión. Uno de ellos se detuvo antes de salir y se giró.

—Esta noche. Trate de estar en algún sitio donde se le vea bien. No queremos que nadie piense que usted ha tenido algo que ver con esto, ¿verdad?

Y sin más, abandonó la sala. A Echedey no le habían gustado esas palabras y menos aún su sonrisa. Parecía a punto de echarse a reír a carcajadas.

Un instante después, Gloria le indicó con un gesto que la siguiera y juntos abandonaron también ellos la estancia. Un último vistazo atrás le permitió ver el suspiro de resignación que escapó de los labios del alcalde.

Arturo apenas fue consciente de que regresaba a la casa hasta que se vio delante de la pequeña escalinata que ascendía hasta la puerta trasera. Su cabeza no dejaba de darle vueltas al encuentro con los jornaleros. A pesar de que había sido un poco inquietante, lo cierto era que le satisfacía ver que no había hecho el viaje hasta Gran Canaria para nada y que, en efecto, en la Casona de los Torres había un misterio que desvelar.

Luego estaba el miedo en los ojos de los hombres.

Ese temor era real. No era una leyenda ni fruto de un cuento de viejas contado a los niños más susceptibles. Lo que había visto en ellos era algo certero y la advertencia posterior había sido muy en serio.

«No hay nada bueno aquí para usted».

Esas eran las palabras que se habían anclado a su cerebro y rebotaban en las paredes de su cráneo, incapaces de salir y dejarlo tranquilo. Le habría encantado poder seguir de charla, pero no tenía esperanza de dar con ellos entre tantas hectáreas de plataneras. Respecto a los sirvientes de la vivienda, algo le decía que hablarían aun menos.

Entonces, el sonido de grava al desplazarse llamó su atención. Procedía del otro lado de la casa, de la entrada principal. Arturo dejó la escalinata atrás y, cual gato tras una mosca, caminó en dirección al frontis del edificio. Todo ese lateral estaba decorado con alargadas jardineras sembradas de geranios florecidos de todos los colores.

Al doblar la esquina de la estructura encontró el origen del ruido que había escuchado. Ante la gran puerta principal se encontraba aparcado un coche. Arturo no era un experto en ellos, pero el aspecto impoluto y elegante del vehículo dejaba claro que su dueño debía de ser alguien acaudalado. La impresión se vio refrendada por las exquisitas ropas que vestían el hombre y la mujer que se apearon de él, con postura elegante y estirada.

«¡Los invitados!»

Arturo miró su reloj. No era ni mediodía aún, por lo que le pareció un poco pronto si la fiesta era esa tarde, pero ver a la pareja le hizo darse cuenta de su propio aspecto. No había previsto ropa de gala en su equipaje, por lo que tendría que improvisar algo y tendría que hacerlo rápido.

Regresó a paso ligero hasta la puerta trasera y entró de nuevo en el edificio.

Un rato después se sentía listo para enfrentarse a los invitados de la señorita Gibson, a pesar de que apenas había logrado estirar una camisa decente, peinarse de cualquier manera y volver a ponerse el traje con el que había llegado. Se lavó la cara y se mojó el pelo, pero no estaba muy seguro de que eso fuese a eliminar el olor de su cuerpo.

Después se dedicó a vagar por los pasillos cercanos a su dormitorio para hacer tiempo con la esperanza de que, llegado el momento, le avisaran para ir a almorzar. Se entretuvo observando los cuadros que decoraban las paredes, de todos los estilos y tamaños. Se centró en especial en los que mostraban rostros y figuras con la esperanza de encontrar algún detalle que fuera útil para su investigación, pero solo eran viejos retratos de familia que apenas le aportaron nada más que bostezos.

Excepto uno. Fue el único en el que encontró figuras conocidas. En la imagen estaba la

señorita Gibson, mucho más joven pero ya postrada en aquella silla de ruedas. De pie a su lado aparecía un muchacho de mirada risueña y piel morena que aparentaba ser feliz por el mero hecho de estar allí. Tenía un ligero parecido con Esteban, pero quizás sus ojos lo engañaran en este sentido. La mirada de la mujer, en contraste, era seria, casi que hastiada, como si posara en contra de su voluntad.

Así se le fueron las horas. La hacienda parecía en estado de guerra, con los sirvientes corriendo de un lado para otro para recibir y atender a los invitados que llegaban como un goteo incesante. Almorzó solo en el pequeño comedor que conociera a su llegada, pues, según le comentó Esteban, la anfitriona comería en su alcoba. El acto comenzaría a las cinco. No le dijo cuál era el motivo de celebración, pero Arturo suponía que la gente rica no necesitaba excusa alguna para montar una fiesta.

Los sirvientes, que parecían haberse multiplicado en las últimas horas, decoraban el patio con guirnaldas y farolillos y se afanaban en colocar mesas, sillas, manteles y servicios en el perímetro de la galería. El día se había mantenido soleado y se encaminaba a lo que parecía una noche muy agradable para pasarla al aire libre.

De pura casualidad se topó con la biblioteca cuando reanudó sus paseos tras el almuerzo. Era una gran sala de techos altos y ventanas esbeltas, como las troneras de los viejos castillos de los que había escuchado historias alguna vez. El silencio allí era total, lejos del bullicio del patio. Las paredes estaban selladas con estanterías en las que no quedaba ni un hueco libre salvo los que necesitaban las ventanas y el de una chimenea situada en la pared a la derecha de la puerta, ahora apagada. Frente a ella se encontraba una pequeña mesita de té y dos sillones de orejas y respaldo alto. Era un refugio de paz y Arturo sintió ganas de vivir allí para siempre, de descubrir los misterios que encerraban los miles de volúmenes que tenía ante él. Eligió una estantería al azar y se paseó ante ella arrastrando la mirada por los lomos de forma distraída, sin buscar nada en particular.

Los títulos indicaban géneros de lo más variado: biografías, ensayos, libros de historia, alguna novela... Era un lugar fabuloso para perderse durante días. Cuando llevaba un buen rato allí, una estantería en concreto llamó su atención. Sus lomos parecían más antiguos que todos los demás, a pesar de lo cual permanecían limpios de polvo y bien cuidados. Sus tapas eran casi todas negras con letras en dorado y plata. Cuando trató de leer los títulos, se percató con cierta desilusión de que no era capaz de entenderlos, pues estaban escritos en idiomas extraños para él. Creyó reconocer algo de latín y de alemán, pero eran meras suposiciones. Aquello desinfló un poco su ilusión. Parecían ser los libros más interesantes de la colección, pero no podía sacar nada de ellos. Aun así, cogió uno al azar. Era un grueso volumen con la cubierta hecha de piel o cuero negro. Era rugosa al tacto. Las páginas estaban amarillas y el papel era grueso y mal cortado. Pesaba mucho. El título era *Boos in al sy vorme*. Arturo intentó leerlo en voz alta, pero en sus labios inexpertos las palabras sonaron muy mal.

—El mal en todas sus formas —dijo una voz a su espalda.

Arturo se sobresaltó tanto que el libro se escapó de sus manos. Cayó al suelo con estrépito, como si fuera una piedra.

Al girarse vio a Esteban situado unos metros tras él, con la espalda recta y las manos sujetas a la espalda. Arturo se agachó a recoger el volumen y Esteban se acercó para quitárselo de las manos con poca delicadeza.

—Está escrito en un idioma africano que dudo mucho que usted conozca.

Esteban volteó el volumen para asegurarse de que no había sufrido daño alguno y lo abrió para ojearlo, como para cerciorarse de que cada palabra estaba donde debía.

—Un título muy sugerente —dijo Arturo con intención de disimular el susto que tenía en el cuerpo—. ¿De qué trata?

—Es un compendio de formas en las que el mal aparece ante los hombres.

Esteban detuvo su mano en una ilustración a toda página que parecía hecha con una delicada tinta rojiza. Mostraba una criatura, enorme y grotesca, con dos grandes manchas rojas donde debía tener los ojos. Arturo sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—Parece interesante —dijo, por decir algo.

—De hecho, lo es. La señorita Gibson es muy aficionada al esoterismo. ¿Sabe usted algo de eso, señor Aranda?

Arturo negó con la cabeza, aunque no era del todo cierto. Sus investigaciones le habían llevado alguna vez a recorrer senderos en esos temas.

—Es una materia digna de estudio, sin duda. Los grandes misterios de la vida y la naturaleza están presentes en estos libros desde perspectivas nuevas. Peculiares, si lo prefiere. Hay mucho que aprender en estas páginas.

—No lo dudo.

Esteban regresó el libro a su sitio con delicadeza. Sus labios se movieron como si estuviera rezando una oración en silencio. Arturo trató de encontrar en ese hombre, adusto y serio hasta el extremo, al muchacho sonriente que aparecía en el cuadro junto a la señorita Gibson que había visto esa mañana, pero no parecía haber nada. Este Esteban, camino de la vejez, y el otro, apenas un niño, eran personas diferentes.

El mayordomo estiró una mano en dirección a la puerta. El mensaje estaba claro y Arturo echó a andar con un suspiro. Le habría gustado seguir ojeando esos libros. Estaba de acuerdo con Esteban en que aquellas materias merecían más estudio del que tradicionalmente se le había otorgado, que en esos temas podría encontrar claves de otros misterios y que la Iglesia y el Estado habían ocultado de forma sistemática bajo la alfombra. Saber que a la señorita Gibson le interesaban esos asuntos hizo que su curiosidad por ella aumentara.

Cuando estuvieron fuera de la biblioteca, Esteban cerró con llave.

—La fiesta empieza a las siete —dijo—. Le sugiero que hasta entonces descanse en sus aposentos y se prepare. Los invitados de la señorita Gibson son muy distinguidos, la flor y nata. Espero que esté a la altura de las circunstancias.

Arturo era muy consciente de su aspecto, informal y arrugado, y tuvo que tragarse de nuevo su orgullo para decir:

—Necesito un traje.

Esteban, que ya se alejaba por el pasillo, se detuvo en seco y lo miró con cierta incredulidad en la mirada, como si no fuera capaz de procesar las palabras que acababa de escuchar. Por un momento, Arturo temió que el mayordomo se echara a reír, pues no tendría forma de evitar la afrenta y tendría que rebajarse ante él y aceptar la chanza.

Pero Esteban se mantuvo serio, tan formal como siempre, a pesar del desprecio que pudo ver en sus ojos. Después, se giró y echó a andar de nuevo. Su voz llegó hasta Arturo justo antes de desaparecer por una puerta.

—Le haré llegar uno. ¡Espero que sepa usarlo!

Arturo regresó a su dormitorio entre indignado por la actitud de Esteban hacia él y el asombro por el contenido de la biblioteca de los Torres. No esperaba encontrar una tan bien surtida y con contenidos así de interesantes tan lejos de los centros culturales del país, pero allí estaba, en mitad de un campo de plataneras en una isla en mitad del océano Atlántico.

Distraído con sus pensamientos, apenas reparó en que volvía a pasar por el patio del pozo. Los preparativos se aceleraban y ya había cientos de guirnaldas y farolillos que colgaban por todas partes, además de las mesas y las sillas, distribuidas y en proceso de ser vestidas. Habían situado decenas de pebeteros de forma estratégica para aportar iluminación cuando cayera la noche. En ese momento accedía al patio un grupo de personas precedido por varios sirvientes. Eran dos mujeres y tres hombres, todos ellos vestidos con buenas ropas.

Más invitados de la señorita Gibson. Viéndolos vestidos con elegantes trajes se dio cuenta de lo mucho que iba a desentonar en la fiesta si Esteban no le conseguía uno decente. La mirada de uno de los hombres presentes se detuvo sobre él y Arturo tuvo la sensación de que lo repasaba de hito en hito mientras analizaba cada molécula de su cuerpo. Se sintió invadido por aquel escrutinio que no comprendía. Por fin, el hombre esbozó una sonrisa ligera y se llevó la mano izquierda a la cabeza en una imitación del gesto de quitarse el sombrero que no llevaba puesto, pues lo sujetaba bajo el brazo derecho. Arturo tuvo que hacer un esfuerzo por responder al saludo antes de que el grupo desapareciera por una puerta situada en el otro extremo del patio.

Arturo terminó el camino hacia su habitación. La fiesta parecía que iba a ser de las que hacen época y él estaba dispuesto a aprovecharla al máximo. Si no conseguía la información que había ido a buscar de una panda de ricachones borrachos, es que no merecía considerarse a sí mismo investigador. No iba a tener mejor oportunidad que aquella.

Encontró un traje limpio y planchado sobre su cama, cortesía de Esteban, tal y como había prometido. Le quedaba perfecto. Mientras terminaba de arreglarse se dedicó a repasar su papel de historiador, contándose a sí mismo su vida inventada para no dejar cabos sueltos y poder resistir cualquier curiosidad indagadora que, sin duda, su presencia allí iba a despertar. Se recordó que había estudiado periodismo en Madrid y que después se había especializado en reportajes sobre historia de España, motivo por el cual estaba haciendo un recorrido por los pueblos más llamativos de la geografía nacional. La construcción de la iglesia era una feliz casualidad que le iba a permitir darle verosimilitud a su historia.

Por fin llegó la hora y Arturo sintió que estaba preparado para la farsa. Era el momento de descubrir la verdad sobre aquel lugar. Se palpó el bolsillo interior de la chaqueta para asegurarse de que llevaba un fajo de papeles bien doblado y su pluma estilográfica. Al abrir la puerta de su dormitorio casi se choca de bruces contra una sirvienta dispuesta a tocar en ella con los nudillos. Le informó de que estaba allí para llevarlo hasta la fiesta, lo cual le pareció a Arturo algo absurdo pues, si había un lugar al que él ya sabía llegar era al patio del pozo en el que se iba a celebrar la reunión. En cualquier caso, era una muestra de cortesía por parte de su anfitriona.

Cuando accedió al patio se quedó maravillado. Con los farolillos colgados de las galerías y los pebeteros encendidos en aquella hora en la que la noche empezaba a hacer acto de presencia, la iluminación aportaba una imagen etérea y mágica que lo dejó sin aliento.

Las mesas, situadas a lo largo del perímetro, estaban decoradas con excelentes mantelerías de encaje de un color blanco inmaculado sobre las cuales se habían dispuesto los servicios con lo que parecían ser cubiertos de plata y platos de porcelana. Él, que venía de la capital y podía presumir de haber estado en algunas fiestas de la alta sociedad, no recordaba una decoración tan espectacular.

Todas las mujeres iban vestidas con hermosos vestidos tocados con los pequeños sombreritos que, al parecer, se habían puesto de moda, mientras que los caballeros vestían sobrios trajes negros. Tanto ellas como ellos, por supuesto, iban de punta en blanco. Algunos de los hombres incluso lucían altos sombreros de copa. A pesar de estar un poco en desuso, resultaba muy elegante.

Entre todo aquel boato, Arturo se sentía insignificante, cohibido y sucio con su traje prestado y sin haberse dado un baño. Se encogió de hombros, consciente de que ya no podía hacer nada al respecto, compuso su mejor sonrisa y se adentró en el patio, dispuesto a aprovechar todo el tiempo que pudiera. Un camarero pasó ante él con unas copas altas llenas de lo que parecía ser vino blanco. Atrapó una con gesto ágil.

Empezó a pasear entre los congregados y saludaba con la cabeza cuando alguien se fijaba en él, cosa que ocurría con más frecuencia de lo que le habría gustado. La copa de vino se vació con rapidez y la cambió por una llena en la primera ocasión que tuvo. Era suave y afrutado, una auténtica delicia. A pesar de que la buscó con insistencia, no encontró a la anfitriona por ninguna parte. Cuando se hubo hecho una composición de lugar y se hubo asegurado de que todos los presentes se habían percatado de su existencia, se acercó de forma disimulada a un pequeño corrillo de cinco hombres que departían con alguna carcajada esporádica. Le pareció un grupo tan bueno como cualquier otro para empezar a integrarse. Se mantuvo a unos pasos de distancia, dispuesto a ir acercándose de forma paulatina y así no forzar la situación, pero todo cambió cuando uno de los hombres fijó su mirada en él. Esbozó una gran sonrisa justo antes de interrumpir la conversación que mantenía.

—¡Señor Aranda! ¡Acérquese, por favor, no se quede ahí!

Arturo se sobresaltó al oír que lo llamaban. No esperaba que nadie supiera de su existencia, mucho menos que conocieran su nombre. Se acercó mientras intentaba disimular la ligera sensación de vergüenza que se había apoderado de él.

Para aumentar su extrañeza, el hombre le pasó un brazo por encima de los hombros. Era alto y robusto, como si estuviera acostumbrado a trabajar en el campo, cosa que no correspondía en absoluto con su traje, elegante y sofisticado. Aunque no parecía estar borracho, ya desprendía un tufillo a vino que delataba que había dado comienzo a la fiesta un rato antes que él.

—Yo soy Francisco Villalba Montes de Oca, abogado.

Después, sin darle tiempo a responder, le presentó al resto del grupo, aunque lo hizo tan rápido que le fue imposible retener los nombres de los cuatro.

—El señor Aranda —continuó Francisco sin que nadie pudiera hacer comentario alguno—, es un invitado especial de Leonor. Está investigando sobre la historia de Arucas, con especial interés en la construcción de la iglesia. ¿No es así?

Francisco liberó los hombros de Arturo para atender a su respuesta, cosa que lo alivió.

—Sí, es correcto. —Un poco abrumado por la velocidad de las palabras de su interlocutor.

—Y, ¿de dónde nace ese interés?

—Soy escritor y periodista. Casi parece innato en mí. Oí hablar en Madrid de que aquí se estaba construyendo una iglesia de proporciones tales que podía dejar en vergüenza a la más

pintada, y me pregunté por qué hacer algo así en un pueblo tan pequeño como Arucas. Ese fue el germen de mi curiosidad. Con apenas investigar un poco me di cuenta de que el lugar tenía más cosas interesantes además de ese edificio.

Por un momento, las sonrisas de sus nuevos amigos se turbaron. Fue algo involuntario y casi simultáneo que habría pasado desapercibido para Arturo si no hubiera estado tan pendiente de ellos.

—¿Y qué ha oído exactamente que le ha despertado tanta curiosidad? —preguntó uno de los hombres. Trataba de recomponer su sonrisa, pero no lo conseguía del todo.

Arturo, que hasta un segundo antes empezaba a sentirse orgulloso de lo natural que le estaba saliendo la descarada mentira que les estaba contando, dudó. ¿Había sido un desliz mencionar que tenía más interés que la iglesia? Tragó saliva antes de volver a hablar.

—Nada de especial importancia —logró responder sin perder la compostura—. El auge que estaba viviendo el pueblo, su relevancia económica para la isla y cosas así...

Los tres hombres parecieron relajarse un poco con esa respuesta. Francisco tomó de nuevo la palabra. ¿Era una gota de sudor lo que asomaba en su sien?

—Pues es un honor que en la capital hayan oído hablar tan bien de nuestro pequeño pueblo, pero no estoy seguro de que merezcamos tanto interés.

Arturo se esforzó en esbozar una gran sonrisa.

—Espero que tras esta fiesta sí que haya mucho que contar.

Esa vez sí que los rostros de los tres cambiaron de manera radical. La jovialidad, a pesar de que Arturo había querido hacer un chascarrillo simpático, desapareció por completo. Murmuraron unas evasivas y se separaron en direcciones distintas. En unos segundos, Arturo se quedó solo y sin entender qué había hecho mal.

En ese momento el sonido de una campanilla invadió el ambiente. Como si fuera la señal que todos estuvieran esperando, los invitados empezaron a sentarse alrededor de las mesas, por lo que Arturo dedujo que se iba a servir la cena. De pronto cayó en la cuenta de que no sabía qué silla debía ocupar. Azorado, se dirigió a la mesa que tenía más cerca y descubrió con alivio que cada sitio tenía un nombre asignado escrito con letra elegante en una tarjeta de color hueso. Necesitó varios minutos para encontrar su mesa. Descubrió entonces con cierto desasosiego que le habían instalado junto a otros cinco invitados, todos ellos personas muy mayores que necesitaban ayuda de asistentes para cosas tan elementales como llevarse la copa a la boca o acercar la silla a la mesa. Sintió que todo el entusiasmo se le caía a los pies. Por otro lado, ¿qué podía esperar? Tenía que dar gracias por que le permitieran estar allí teniendo en cuenta que había llegado a última hora y no era un invitado oficial.

Así pues, saludó a los presentes y se sentó. No pudo evitar lanzar una mirada envidiosa a la mesa en la que estaban los tres hombres con los que había departido un poco antes. Por casualidad, Francisco estaba mirando hacia él en ese momento. Cruzaba su mirada una sonrisa extraña. Muy despacio, alzó la copa en su dirección en una simulación de brindis que incomodó mucho a Arturo. Por suerte para él, un sirviente llegó a su lado para llenar su copa de vino y distrajo su atención. Cuando volvió a mirar hacia el hombre ya charlaba con sus amigos sin prestarle la más mínima atención.

Arturo se encogió de hombros y por un momento temió habérselo imaginado, aunque no tenía motivos para dudar de ello como tampoco los tenía para dudar de lo visto en su dormitorio durante aquella angustiosa madrugada.

Por un instante se preguntó si su mente no le estaría jugando una mala pasada. ¿Era posible que la idea con la que había llegado a la isla, los rumores de brujería y rituales satánicos

estuvieran excitando demasiado su imaginación? ¿Estaba viendo solo aquello que quería ver? Su parte racional insistía en esta premisa, pero algo en su interior le decía que no era posible, que en verdad había visto a Esteban hablar con alguien extraño y que una luz se había encendido en el pasillo, que no lo había soñado todo.

Llegó la comida por fin. Se levantaron tímidos aplausos de excitación entre los ancianos con los que compartía mesa. El ambiente se saturó con los aromas procedentes de las bandejas que los sirvientes, silenciosos como fantasmas, iban depositando sobre la mesa. Pan caliente, patatas con una extraña salsa a la que llamaban «mojo», ensalada y, por supuesto, más vino. Sin esperar que le otorgaran permiso para ello, Arturo empezó a comer.

Arturo despertó de pronto, pero no estaba en su cama, sino tirado de cualquier forma en un suelo duro y húmedo. Tenía la mejilla contra la dura superficie y el brazo izquierdo mal colocado bajo el cuerpo. Trató de girarse para liberarlo y se sintió como si estuviera envuelto en lodo. Su mente no terminaba de regir del todo bien. A pesar de enviar la orden correcta, su cuerpo no lo hacía como él esperaba.

A su alrededor, la oscuridad era total excepto por una rendija de luz que se colaba tras lo que debía de ser una puerta. El aire estaba impregnado de aromas a humedad, madera y vino. Estaba en una bodega.

Intentó moverse de nuevo y logró liberar el brazo. Un cosquilleo le recorrió hasta el hombro. A duras penas consiguió ponerse de espaldas. Tenía la boca seca y con un regusto ácido. ¿Se había emborrachado? Trató de hacer memoria, pero solo recordaba los primeros compases de la fiesta, la llegada de los entrantes. Después se había hecho la oscuridad. A partir de ese momento todo eran sombras en su cabeza.

Él no era buen bebedor, pero tampoco tan malo como para que un par de copas de vino lo dejaran en ese estado. Intentó incorporarse, pero apenas hubo levantado la cabeza unos centímetros del suelo le sobrevino una arcada y vomitó, salpicándose las manos. Se dejó caer a un lado. No lograba entender nada y parecía tener la cabeza entumecida.

En ese momento escuchó el familiar sonido de una llave que entra en una cerradura y el descorrer de un cerrojo. Por algún tipo de instinto desconocido, y porque su cuerpo apenas le respondía, se quedó quieto. Las sombras de la bodega se apartaron para dejar pasar un amplio haz de luz amarilla.

—Aún no ha despertado —dijo una voz.

Otro hombre respondió.

—Dale cinco minutos más y, si no se despierta, hazlo tú. Aquí apesta.

La puerta se cerró de nuevo y el cerrojo volvió a su sitio. Arturo no sabía qué pensar. Parecía que su presencia allí no era casual. ¿Lo habrían envenenado?

En ese momento cayó en la cuenta de que la voz de uno de los hombres le resultaba familiar. Era el segundo que había hablado, el que le había concedido cinco minutos para espabilarse: estaba casi seguro de que era Francisco, pero lo cierto es que no le podía dar mucho crédito a sus pensamientos en esos momentos, a pesar de que sentía que la bruma que obnubilaba su mente se iba despejando.

Volvió a intentar moverse y esa vez casi logró sentarse antes de que la náusea le hiciera tumbarse de nuevo.

«Mucho mejor», pensó sin llegar a vomitar.

Cogió aire muy despacio, con inspiraciones lentas y exhalaciones prolongadas. Cinco minutos no era mucho tiempo y algo le decía que debía estar preparado para cualquier cosa cuando la puerta volviera a abrirse.

Intentó sentarse de nuevo y esa vez lo consiguió a duras penas. La cabeza le dio vueltas, pero pasados unos segundos estaba todo en su sitio. A pesar de que apenas lograba vislumbrar lo que tenía alrededor debido a la escasa luz que asomaba por debajo de la puerta, supo que las cosas habían quedado donde debían: el techo arriba y el suelo abajo. Eso, que parecía tan elemental,

supuso un gran avance para él.

Envío órdenes a los dedos de los pies para que se movieran y, cuando lo hubo logrado, hizo lo mismo con el resto de las piernas hasta que sintió que tenía movilidad suficiente como para aspirar a sostenerse en pie. Lo intentó muy despacio. Cuando llegó a la verticalidad sintió un vahído, pero lo contuvo controlando la respiración.

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto faltaba para que volviera Francisco? Y más importante aún: ¿por qué estaba encerrado en ese lugar?

Se acercó a la puerta y se congratuló de las piernas le respondieran de forma correcta. Su mente parecía más despierta a cada momento que pasaba, lo que significaba que el efecto de lo que le habían suministrado, fuera lo que fuese, se disipaba. Buscó a tientas el tirador. Lo accionó varias veces, pero estaba cerrada con llave, como ya sabía. Su mente giraba de forma frenética mientras trataba de encontrar alguna explicación a esa situación. Estaba seguro de que no había bebido tanto como para perder el sentido, por lo que solo quedaba la explicación del envenenamiento. ¿Por qué iba nadie a hacer algo así? Entonces recordó que estaba allí con una premisa falsa, que toda su historia para justificar su presencia en la hacienda de los Torres era una invención. ¿Habría descubierto alguien su patraña?

Unos pasos sonaron al otro lado y una sombra se situó ante la puerta, tapando en parte la rendija de luz que se filtraba por debajo. Por un momento temió estar reviviendo su pesadilla, convencido de que, cuando abriera, allí no habría nadie. Por instinto se echó a un lado, pegándose a la pared, fría y húmeda.

La puerta se abrió hacia afuera. En el momento en el que un hombre dio un paso dentro de la bodega, Arturo le saltó encima con el puño por delante. Impactó contra su mandíbula justo bajo la oreja izquierda. El intruso, pillado por sorpresa, cayó al suelo como un fardo abandonado de cualquier manera. En la oscuridad reinante, Arturo no pudo apreciar si lo había dejado inconsciente, pero por la forma de caer, estuvo casi seguro de que sí. Se sorprendió de la eficacia del ataque.

Francisco, que se encontraba unos pasos por detrás, se abalanzó sobre él con agilidad felina y, con un fuerte empujón, lo arrojó al interior de la bodega. Arturo trastabilló y acabó en el suelo. Antes de tener tiempo de levantarse escuchó el sonido de un arma al amartillarse. Toda la fuerza se le escapó del cuerpo.

Francisco tenía una pistola.

—Vamos a calmarnos, señor Aranda.

Arturo no tuvo que levantar la mirada para saber que Francisco lo apuntaba desde la puerta. Vestía una larga túnica negra con una capucha echada hacia atrás. Levantó las manos.

—Muy bien. Es un tipo listo. Eso no ha venido a cuento, señor Aranda.

Arturo supo que se refería a su amigo caído. Algo en el tono de voz de Francisco hizo que se le pusiera el vello de punta. Era como si le hablara en tono amistoso, pero en el fondo estuviera deseando apretar el gatillo, con un odio implícito que no alcanzaba a comprender.

—¿Por qué me habéis hecho esto? —preguntó el investigador.

Francisco lanzó una risita entre dientes, como si esa fuera una pregunta muy estúpida o la situación le resultara divertida. Arturo no le encontraba ninguna gracia, por supuesto.

—Cada cosa a su tiempo, señor Aranda. Si le revelo el final de la historia, ¿dónde queda la emoción del descubrimiento? En pie.

Arturo obedeció.

—Despacio y sin tonterías por favor. No quiero armar un escándalo, pero no sería la primera vez que le disparo a alguien, así que le ruego que no me ponga a prueba.

Arturo dedicó unos instantes a analizar su situación y concluyó que no tenía otra alternativa que obedecer. La rebeldía solo le llevaría a recibir un disparo. No sabía mucho de armas, pero aquella que tenía delante era muy grande.

Francisco retrocedió un paso para franquear la puerta y le hizo un gesto con la punta de la pistola para que Arturo saliera. Tuvo que cubrirse los ojos con las manos cuando la luz del pasillo le impactó con fuerza. Sus ojos se acostumbraron y se dio cuenta de que estaba en una parte de la casa que no conocía. Era una sala amplia en cuyas paredes colgaban decenas de herramientas y artilugios relacionados con la vendimia. En el suelo, un gran lagar vacío aguardaba a que alguien lo usara para pisar la uva. Varias barricadas abiertas y dañadas reposaban junto a diversas herramientas, a la espera de que se retomara el trabajo sobre ellas. El olor era embriagador.

—Yo no os he hecho nada. ¿Por qué me tratáis así? —Volvió a insistir Arturo.

Francisco presionó la punta de la pistola contra sus costillas para que caminara hacia la puerta.

—Deje ya de preguntar. Lo descubrirá enseguida.

Él mismo tuvo que abrir la puerta de la bodega. Estaban a la parte trasera de la finca y salieron a un trozo de terreno cubierto de picón. Había caído la noche y la luna llena iluminaba tanto que no necesitaron luces para distinguir el camino hacia la casa. El olor de las plataneras sustituyó al de la uva fermentada. El aire nocturno agitaba sus hojas en una melodía extraña y antinatural.

Cuando Arturo quiso caminar hacia lo que parecía ser la entrada trasera de la hacienda, Francisco le indicó que cambiara de dirección. Le hizo avanzar hacia un lateral en el que se encontraba el acceso que él mismo había usado ese mismo día. Tomaron el sendero que se introducía en el cultivo, cosa que puso muy nervioso a Arturo.

—Podemos hablar de esto, Francisco, de verdad. No tenía intención...

La presión sobre las costillas se intensificó.

—¡Cállese!

Arturo cerró la boca. Supo que su captor estaba a punto de perder la paciencia y golpearle. Parecía ansioso por algo.

—Lo que va a ver hoy es algo que pocos han tenido ocasión de presenciar. Debería dar las gracias en vez de estar lloriqueando. Es una experiencia digna de contar en un libro.

Arturo se quedó sin palabras, pero su curiosidad de investigador de lo oculto empezaba a predominar sobre su miedo. Al fin y al cabo, quizás estuviera por fin a punto de encontrar la respuesta a las preguntas que lo habían llevado hasta allí. Trató de serenarse y dejarse llevar.

Se internaron en el campo de plataneras por el pequeño sendero y pronto la luz de la luna se perdió entre las copas de los árboles. Francisco no sacó ningún candil, pero caminaba con paso firme, como si supiera de memoria el camino a seguir. Arturo en, cambio, tropezaba cada dos pasos. En aquella oscuridad se sentía perdido, frágil y expuesto. Además, empezaba a sentir frío. Por algún motivo, su mente regresó a la conversación que había tenido con los jornaleros.

«No hay nada bueno aquí para usted. Váyase. Aún está a tiempo».

¿Debería haberles hecho caso? ¿Debería haber recogido sus cosas y haber embarcado rumbo a la península y dejar el misterio de la Casona de los Torres sin resolver?

Quizás sí, pero eso no iba con él. A pesar de su actual situación, delicada y peligrosa, una parte de sí se sentía excitada por la emoción del descubrimiento.

Caminaron aún unos minutos más antes de que vislumbrara diversos puntos de luz entre los troncos de las plataneras. Al mismo tiempo, escuchó rumores de voces que cuchicheaban. Arturo se sentía exhausto y empezó a dolerle la cabeza.

Un momento después accedieron a un pequeño claro en el que esperaban dos personas, ataviados

también con túnicas negras tocadas con capuchas bajo cuyas sombras era imposible distinguir los rasgos de sus caras. Francisco, sin dejar de apuntarle, se acercó a decirlo algo a uno de ellos. El encapuchado se giró hacia él y el movimiento le descubrió la cabeza. Era otro de los invitados a la fiesta, el hombre que había visto llegar en un vehículo elegante. Lo miró con odio.

—¡Más te vale no haberlo matado! —dijo entre dientes, con la mandíbula apretada.

—¡Silencio! Ve y asegúrate de que está bien. Después, regresa aquí.

El hombre todavía miró a Arturo unos instantes más antes de dirigirse al camino de regreso a la hacienda.

—Camina —Francisco se dirigió de nuevo a él y le señaló con la pistola un nuevo sendero que se abría al otro lado del claro. La otra persona encapuchada, por su constitución, debía de ser una mujer, quizás la pareja del que acababa de irse.

Esta esperó a que Arturo y Francisco se pusieran en marcha para situarse tras ellos y avanzar en la misma dirección. La noche estaba cerrada y, sin el fulgor el candil que llevaba la mujer, no habrían podido ver ni un metro por delante.

Arturo sentía que el mundo se le venía encima, incapaz de entender nada. Le dolían las piernas y le palpitaban las sienes. Además tenía la boca seca y mucha sed.

—No entiendo nada —dijo, casi en un susurro—. Dime qué he hecho, Francisco.

El hombre no respondió. Aún caminaron un rato antes de que el campo de plataneras terminara de repente. Allí había más encapuchados con candiles. Al menos cinco personas que, sin decir una palabra, echaron a andar alrededor de lo recién llegados, como una escolta ridícula y sin sentido. Arturo ya no se atrevía a preguntar nada.

Había llegado al pueblo de Arucas. Aquella especie de cortejo se internó en las callejuelas y parecían tener muy claro su destino, porque nadie titubeó ni un segundo. El silencio a su alrededor era total. Las ventanas y puertas estaban cerradas a cal y canto. Arturo ansiaba que alguien se asomara, que pudiera pedir ayuda de alguna manera, pero nadie parecía escuchar sus pasos o vislumbrar el resplandor de los candiles.

Arturo cogió aire, dispuesto a gritar con todas sus fuerzas, pero se tragó las palabras cuando sintió la punta de la pistola que Francisco le clavó en las costillas.

—No es buena idea, señor Aranda. Tenga paciencia, que ya llegamos.

Arturo cerró la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba aterrado, incapaz de hacer otra cosa más que lo que le decía su captor.

Una sombra se destacó entre las demás que proyectaban la luna y las estrellas. Arturo alzó la mirada para descubrir que habían llegado a la iglesia en obras. Uno de los encapuchados sacó una llave y abrió el candado que cerraba una pequeña puerta en la verja perimetral que la rodeaba. Todo a su alrededor estaba sembrado de sacos de escombros, herramientas de trabajo cuando accedieron a la zona de trabajo. Tuvo que andar con mucho cuidado de no tropezar mientras se internaban en las entrañas de la construcción.

El olor a piedra y cemento lo impregnaba todo. Pronto, los gruesos pilares de planta circular que sujetaban el primer techo, ya contruidos, los rodearon con su altura imponente. A pesar de las circunstancias, Arturo se sintió intimidado por ellos.

En unos minutos llegaron a la zona de lo que sería la nave principal del templo. Estaba iluminado por decenas de candiles de aceite colgados de palos clavados en el suelo. Una veintena de personas se situaban en corro alrededor de dos individuos que esperaban en el centro. Todos ellos vestían largas túnicas negras y cubrían sus cabezas con capuchas que dejaban sus rostros en sombras. El suelo estaba limpio y despejado de cualquier útil de obra.

Arturo se fijó en una figura en concreto. Iba sentada en una silla de ruedas, por lo que no podía

ser otra que la señorita Gibson.

El círculo se abrió para dejar pasar a Francisco y a Arturo. Las dos personas del centro se descubrieron la cabeza. En efecto, una de ellas era su anfitriona. La otra, cómo no, era Esteban. Ambos estaban serios. Toda la afabilidad que la mujer le había mostrado había desaparecido de su rostro, que ahora era una máscara de piedra en la que las arrugas provocadas por la edad se marcaban profundamente, y tenía oscuras ojeras en torno a los ojos. Parecía diez años más vieja que durante la cena.

—Bienvenido, señor Aranda —dijo la mujer—. Le esperábamos ansiosos.

La presión de la pistola cedió. Cuando miró hacia atrás, Francisco había desaparecido entre el grupo de encapuchados, confundándose entre los demás. Estaba solo.

—¿Qué queréis de mí? —Se sintió muy pequeño con todas las miradas puestas sobre él, como si fuera un cerdo camino del matadero.

Las palabras le salieron temblorosas. Ahora sí que estaba asustado. Su mirada se fijó en algo que antes le había pasado por alto: detrás de Esteban había una mesa cubierta con un mantel negro. Sobre ella, los candiles hacían destellar varios objetos metálicos.

—Queremos que forme usted parte de la historia. Usted ha venido aquí a aprender, a descubrir más sobre este pueblo —la mujer alzó una mano y realizó un barrido para señalar al grupo de espectadores silenciosos—. Pues aquí tiene todo lo que necesita. Entre estos hombres y mujeres se encuentra toda la historia del pueblo. Al menos, toda la que vale la pena contar. Nuestras familias lo fundaron y lo sacaron adelante. Nada de lo que ocurre lo hace sin nuestra aprobación o nuestra iniciativa. Nosotros somos Arucas.

Arturo tragó saliva.

—Por desgracia para usted, no llegará a escribir su libro. Su papel en la historia de este lugar va a ser mucho más importante que eso. Gracias a usted se ve a perpetuar una tradición que se mantiene viva desde hace trescientos años.

Una sonrisa grotesca se dibujó en los labios de la señorita Gibson.

16

Ernesto, Roberto y Ángel, el *chapas*, eran un trío singular. Eran muy conocidos en la villa de Arucas por cosas por las que era mejor no recordar a nadie. Apenas habían hecho cosas buenas en sus vidas. Muy al contrario, los vecinos les tenían miedo y, siempre que los veían paseando por las calles, sobre todo si iban los tres juntos, cambiaban de lado de la vía o doblaban una esquina para no cruzarse con ellos. A su alrededor solo ocurrían cosas malas. Latrocinio, intentos de estafa, trifulcas... Estaban metidos en todos los altercados que se producían en Arucas.

Por este motivo, nadie se había extrañado al verlos salir del Ayuntamiento el día anterior. Eran habituales sus visitas al vetusto edificio, citados por alguna orden judicial, algún interrogatorio o similar. La Guardia Municipal los tenía muy bien fichados, aunque lo cierto era que no habían pisado nunca la Prisión Provincial. No así los calabozos de la comisaria, de los que eran visitantes asiduos.

Las indicaciones que les había dado el alcalde eran muy claras y para ellos, acostumbrados a todo tipo de tropelías, iba a ser coser y cantar. Apenas necesitaron un par de horas para preparar todo lo necesario: algunos trozos de tela vieja y reseca, unas botellas vacías de cristal y aceite de lámpara que llevaban en una jarra de barro. No tuvieron ningún reparo en detenerse, antes de hacer el trabajo y mientras esperaban a que cayera la noche, en casa de el *chapas* a tomar un refrigerio. Este se alargó durante horas y, cuando por fin se pusieron en marcha, apenas lograban situar correctamente un pie delante del otro.

El aire frío de la noche aruquense los espabiló lo justo para recordar el trabajo que les habían encargado. Como pudieron, cogieron todo lo que habían preparado y se pusieron en marcha en dirección a la Casona de los Torres.

Incluso envueltos en las sombras de la noche y bebidos como estaban, conocían aquellos senderos, sobre todo los que estaban fuera de la vista, lejos de los caminos más transitados, como si fueran los pasillos de sus propias casas, por lo que no hubo ningún tropezón, despiste ni elección equivocada del camino a seguir. La Casona asomaba con aspecto ominoso sobre las copas de las plataneras, capataz de todo cuando la rodeaba. En su interior titilaban apenas unas pocas luces, seguramente mantenidas así por el servicio para caldear las habitaciones principales. Habían tenido que detenerse durante un buen rato cuando habían escuchado el sonido de coches que abandonaban el lugar por el camino de entrada, situado a varias decenas de metros de donde ellos, parapetados en mitad del cultivo, esperaban justo a que la casa estuviera lo más vacía posible. El alcalde les había avisado de que eso iba a ocurrir, que esa noche había algún tipo de reunión que los sacaría a todos del edificio y que no tendrían otra oportunidad como esa. Ninguno de los tres individuos era especialmente listo, pero entendían una instrucción tan básica como esa: esperar a que la casa hubiera sido abandonada por su propietaria, la señorita Gibson, antes de actuar.

Solo cuando estuvieron seguros que no quedaba ningún vehículo en el aparcamiento acondicionado delante de la entrada principal de la vivienda, se pusieron por fin en marcha. Llegados a ese punto estaban ateridos de frío, se les había pasado la borrachera y estaban de mal humor. Solo querían terminar el trabajo por el que no iban a cobrar un duro. El alcalde solo les había prometido intervenir a su favor la siguiente vez que acabaran en el calabozo y para ellos había sido aliciente de sobra. Nunca estaba de más que los jefes te debieran un favor.

Ernesto, quien llevaba la voz cantante en aquel trío de pillos, fue el primero en ponerse en marcha en dirección a la casa. No necesitaron mostrarse demasiado, sino que se quedaron

agazapados en el límite norte del cultivo, desde donde tenían una vista perfecta del edificio. Dedicaron unos minutos a elegir los puntos en los que debían incidir para hacer el mayor daño posible. Después, descargó del saco de arpillera que llevaba en la mano media docena de botellas con exquisito cuidado. El *chapas* se dedicó a introducir trozos de trapo en las aberturas y Roberto sacó un pequeño paquete de cerillas del bolsillo de su chaqueta raída.

Los siguientes minutos se convirtieron en un borrón para Arturo. Apenas consiguió retener en su memoria el momento en que varios hombres lo sujetaron mientras otros lo desvestían, dejándolo en ropa interior. De inmediato, le pusieron sobre los hombros una túnica similar a la que ellos llevaban, pero abierta por delante hasta la altura de la cintura. Trató de forcejear, de escapar de esos brazos que lo zarandeaban sin ningún cuidado, pero la presa sobre él era fuerte y no logró nada en absoluto. En algún momento, del grupo de observadores, que seguían situados en corro alrededor del claro, comenzó a surgir un cántico, una especie de letanía lenta y grave. Arturo no reconoció el idioma, pero parecía repetir una misma frase una y otra vez.

De algún lugar apareció una especie de mesa con un soporte en la parte trasera que le permitía sostenerse casi en vertical. Tenía varios agujeros en los laterales cuyo propósito Arturo descubrió enseguida, pues lo colocaron con la espalda apoyada sobre la madera y los brazos abiertos en cruz. Con gestos ágiles, le amarraron las muñecas. A pesar de no quedar nudos demasiado fuertes, varios tirones le demostraron que estaba bien sujeto. Su corazón palpitaba a toda velocidad y empezaba a sentir el golpeteo de la sangre en las sienes. Por un momento creyó que iba a perder el sentido, pero una mano firme le sujetó por los mofletes, apretando la carne con fuerza.

—No se duerma, que se va a perder lo mejor.

Unas risas apagadas acompañaron al comentario y la presión sobre sus mejillas desapareció. Siguió intentando tirar de las ataduras y, aunque tenía cierta holgura que evitaba que la soga le arañara la piel, no logró deshacer la presa.

El volumen del cántico se intensificó. Las personas que lo habían atado regresaron al círculo y solo quedaron en el centro la señorita Gibson, Esteban y Francisco, que había regresado. De pronto, el cántico se detuvo y se hizo el silencio.

—Hermanos y hermanas —comenzó a decir Francisco—. Hoy nos enfrentamos a un nuevo día de gloria. Diez años después de nuestro último encuentro, regresamos aquí para perpetuar nuestro compromiso y descubrir quién es el nuevo Portador.

Una salva de discretos aplausos hizo coro a esas palabras.

—Tenemos la gran suerte de contar con un voluntario para el ritual, alguien que ha sido enviado a nosotros para poder llevar a cabo nuestra misión de forma discreta y sin cabos sueltos. Este hombre ha llegado de más allá del mar, apareciendo ante nuestra puerta en el momento más oportuno. Nadie preguntará por él. Nadie lo echará en falta aquí.

Arturo empezó a temblar. Ese hombre no podía estar hablando en serio. Dos encapuchados se desmarcaron para coger la mesa negra y acercarla a donde él se encontraba. Entonces pudo ver con claridad lo que había sobre ella. No era médico, ni mucho menos, pero aquello era material quirúrgico: tijeras, bisturí, fórceps y varias cosas más cuyo nombre desconocía pero que daban a entender actividades nada halagüeñas.

—Esta noche —continuó Francisco—, uno de nosotros será bendecido con el gran honor de ser portador de Benetoth.

En ese momento, Esteban acercó más a la señorita Gibson. Las ruedas de la silla crujían al avanzar. Cuando llegaron a su lado, la mujer lo miró con una seriedad que helaba la sangre. Con un tirón retiró la manta que siempre le cubría las piernas y dejó a la vista dos miembros casi esqueléticos, contrahechos por culpa de la enfermedad. Bajo la túnica negra llevaba un sencillo camisón de dormir. Esteban la sujetó por un brazo y la mujer se puso de pie. Tardó una

eternidad, pero logró sujetarse firme en posición vertical a pesar del temblor de sus piernas.

Esteban le retiró la túnica, dejando a la vista un cuerpo menudo, ajado y frágil, tembloroso por la humedad de la noche. Algo se agitó por debajo del camión. Arturo sentía que perdía el aliento y unas luces aparecieron ante sus ojos, unos puntos luminosos que bailaban y se agitaban. Sentía que se iba a desmayar. Francisco se dio cuenta y le abofeteó.

Arturo no quería ver nada más, no quería saber lo que se movía bajo el camión de la vieja. Ya no le importaba nada más que salir de allí, huir lo más lejos posible. La mujer se acercaba a él con pequeños pasos espasmódicos. Muy seria, extendió una mano para acariciar su mejilla y su contacto le pareció como el del papel de lija. No era una muestra de cariño, ni siquiera de aprecio. Parecía un ganadero analizando una res antes de pagar dinero por ella, asegurándose de haber elegido bien en qué invertir su dinero.

Francisco la sujetó por un brazo y la separó de Arturo unos pasos. Un chillido agudo resonó en la sala y provocó ecos en el alto techo sumido en sombras. Fue tan intenso que el investigador sintió presión en los oídos. De haber tenido las manos libres, se los habría tapado.

Todos los presentes empezaron a agitarse. No parecía que el sonido les molestara, sino que les provocaba un gran deleite. Entonces, el grito cesó. Arturo habría dicho que había salido de la mujer, pero ella seguía mirándolo con una extraña intensidad en los ojos. Parecía no haber escuchado nada. De pronto, el cuerpo de la señorita Gibson se contorsionó. Su cintura se arqueó y se dobló hacia atrás. Arturo dejó escapar un gemido de asombro al ver cómo aquel cuerpo frágil y ajado se retorció como si la espalda hubiera desencajado sus huesos y seguía doblándose, más y más, hacía atrás. Entre sus piernas apareció un bulto. Al mismo tiempo que la cabeza de la mujer caía hacia la espalda una masa iba surgiendo de sus ingles, como si fuera un torso espejado que hasta ese momento hubiera quedado oculto por el camión. Cuando el ángulo de giro fue demasiado como para que lo cubriera la escasa tela, apareció ante sus ojos lo más grotesco que Arturo había visto en su vida. Del punto en el que debían de estar las partes íntimas de la vieja surgía el torso de una criatura grotesca y deforme, con la piel apergaminada de color casi negro. De él brotaban dos pequeños brazos, parecidos a los de un bebé, y una cabeza enorme sin orejas coronada con dos diminutos ojos rojos que brillaban con un tenue resplandor.

Arturo tuvo la sensación de estar gritando, pero su garganta no era capaz de emitir ningún sonido. Sus ojos no se despegaban de aquella cosa que había surgido ante él. De pronto recordó la noche en la que había visto a la anciana caminando por el pasillo y hablando mientras una voz extraña le respondía. ¿Hablaban con ese ser? Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¿En qué se había metido?

La criatura pareció tomar el control del cuerpo de la señorita Gibson y empezó a acercarse a él usando sus piernas. Lo hacía mal, como un niño que acaba de aprender a caminar y en dos ocasiones pareció que iba a caerse, aunque consiguió mantener el equilibrio a duras penas. Cuando estuvo a escasa distancia, abrió la boca, desdentada y babosa, para dejar salir una lengua larga y negra que aproximó a su cara. Arturo trató de apartarse, de evitar el contacto a toda costa, pero la tabla a la que estaba sujeto se lo impidió. Le tocó en la mejilla y era fría y rasposa como la lengua de un gato, desagradable al tacto y maloliente. Sintió cómo le subía una arcada. Aquellos ojos rojos se clavaron en los suyos y su cabeza empezó a dar vueltas, como si el ser estuviera escrutando dentro de su mente, revolviéndola con una cuchara y poniéndola del revés.

Los cánticos a su alrededor cambiaron, convertidos ahora en gemidos y exclamaciones. Cuando desvió la mirada pudo ver que los espectadores se habían sumido en una especie de éxtasis orgiástico. Algunos habían tomado a la persona que tenían más cerca y habían comenzado una cópula violenta. Otros se habían arrodillado al suelo y alzaban las manos al cielo con los ojos en

blanco. Otros parecían observar la escena con aspecto de estar catatónicos.

Arturo centró de nuevo su atención en la criatura. Francisco se había situado junto a ella. Llevaba un pequeño cuchillo en la mano.

—Te damos la bienvenida, Benetoth. Somos tus humildes seguidores y estamos aquí para servirte.

El demonio se giró hacia la voz que le hablaba. Casi tenía que gritar para hacerse oír sobre el ruido generado por los espectadores.

—Es hora de elegir un nuevo Portador, Hijo del Vacío.

Francisco se acercó a Arturo y abrió más el hueco de la túnica que dejaba su pecho al descubierto.

—¡No! —quiso gritar, pero su voz solo salía en un tenue quejido.

Francisco presionó la punta del cuchillo contra el pecho de Arturo, haciendo un pequeño corte por el que comenzó a brotar sangre de inmediato. El investigador gritó, forcejeó y trató a patallar, sin éxito. Uno de los nudos que sujetaba sus muñecas cedió un poco. Esa información penetró en su cerebro por la puerta de atrás, perdido entre el exceso de estímulos que estaba recibiendo, pero lo hizo.

—Otorga tus dones a uno de nosotros —continuó Francisco. No prestaba la más mínima atención a lo que ocurría a su alrededor. Un poco más atrás, Esteban observaba la escena, impertérrito—. Somos tus siervos. Estamos preparados. He aquí nuestra prueba de sumisión y fe. Recibe la sangre de este hombre como tributo y compensación por todo aquello que haces por nosotros.

La sangre corría ya sin freno por el torso de Arturo. No sentía la herida, pero al mirar hacia abajo pudo ver que el tajo era importante.

Francisco soltó el cuchillo sobre la mesa. La criatura se acercó un poco más y volvió a alargar su lengua hasta que entró en contacto con la sangre de Arturo, que sintió una arcada de asco que a punto estuvo de hacerle vomitar. Un gemido escapó de la garganta del demonio al saborear el líquido carmesí y todo su cuerpo se estremeció.

Arturo sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas y que una miríada de puntitos amarillos empezaba a bailar ante sus ojos.

Francisco le abofeteó de nuevo.

—No, muchacho. Tienes que estar despierto. Necesitamos que tus emociones impregnen tu sangre.

—Por favor... —La voz de Arturo se había convertido en un murmullo.

Pero Francisco no le escuchaba. En su mano había aparecido una pequeña sierra metálica que había cogido de la mesa. La criatura, como si supiera lo que iba a hacer, dio un paso atrás para dejar espacio.

—Benetoth, acepta esta ofrenda de sangre y haznos partícipes de ti. Elige a tu nuevo Portador y completa el ciclo.

Francisco acercó la punta de la sierra al pecho de Arturo, con las puntas hacia arriba. El investigador supo que iba a aserrar el esternón.

«El corazón... ¡Quiere llegar al corazón!»

Francisco presionó contra la herida abierta.

—Hágase tu voluntad.

En ese momento, un intenso brillo se elevó hacia el cielo en algún punto a espaldas de Francisco, tan intenso que por un momento iluminó el lugar. Francisco se sobresaltó y giró la cabeza para buscar el origen de aquella distracción. Algo se despertó dentro de Arturo. Levantó

las piernas y golpeó a su torturador en el pecho. El impacto lo desplazó hacia atrás, haciéndole tropezar contra la criatura y la mesa del mantel negro. El impulso también lo hizo caer a él. El golpe contra el suelo sacudió todo su cuerpo y un ramalazo de dolor le subió desde el pecho. Gritó. A su alrededor se había levantado un pequeño alboroto.

—¡La casa! —exclamó alguien—. ¡La casa está ardiendo!

Arturo no quería mirar hacia allí. Una de sus manos se había soltado de su atadura.

El dolor desapareció de su cerebro. La sangre que empapaba la túnica de Arturo dejó de importar. Hasta el miedo se extinguió cuando sintió que su mano derecha se había liberado de pronto. Sin pensarlo, se giró hacia el otro nudo y, para su sorpresa, logró deshacerlo con facilidad. Francisco se había levantado. El mismo cuchillo que había usado para cortar su pecho aparecía ahora clavado en su brazo derecho y él lo miraba, incrédulo, como si no pudiera entender cómo había acabado eso allí.

La criatura chilló. El caos se había desatado alrededor mientras muchos de los presentes echaban a correr en dirección a la casona ante el temor de perder las posesiones que habían llevado allí esa noche. Esteban era el único que seguía centrado en él, pendiente de sus movimientos. Con calma, recogió algo puntiagudo de entre los instrumentos cortantes que habían caído de la mesa negra y se acercó con dos zancadas. Arturo aprovechó la posición baja que aún tenía para lanzar una patada desesperada con todas sus fuerzas contra los pies de Esteban. Por pura suerte, impactó contra la pierna de apoyo en el momento en que daba un paso. Sintió el hueso crujir y partirse.

Esteban gritó. El cuchillo cayó de su mano cuando se agachó para sujetarse la pierna, que amenazaba con dejar de sostenerlo.

Arturo no estaba dispuesto a esperar a que viniera un médico. Se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la puerta por el que lo habían arrastrado hasta allí. Alguien quiso interponerse para evitar su avance, pero Arturo se limitó a bajar la cabeza e impactar contra aquella persona con el hombro para quitarlo de en medio sin muchos miramientos.

Supo que había llegado al exterior porque sintió el aire frío en el rostro. Una columna de fuego se alzaba donde debía de estar la hacienda de los Torres e iluminaba la noche. Empezó a oír puertas que se abrían en torno a él. Se planteó pedir ayuda, gritar todo lo posible hasta que llegara la autoridad, pero en la iglesia estaba la flor y nata de Arucas. ¿Y si todo el pueblo estaba en el ajo? ¿Y si había miembros de las fuerzas del orden entre los encapuchados? Estaba convencido de que así era, por lo que se internó entre las sombras para pasar lo más desaparecido posible en dirección, de nuevo, al cultivo de plataneras. Instantes después corría a ciegas entre los troncos, ignorando el dolor que le oprimía el pecho. La sangre le palpitaba en las sienes, le costaba respirar y la oscuridad le hacía tropezar cada pocos pasos, pero no iba a detenerse. La imagen del demonio salido de la entrepierna de la señorita Gibson lo perseguía incluso allí, en las impenetrables sombras del cultivo.

Las luces amarillas aparecieron de nuevo ante sus ojos y tuvo que parar y serenarse. Si se desmayaba allí lo atraparían. Tenía que seguir corriendo.

El silencio a su alrededor era total. No llegaba ningún sonido del pueblo salvo el rumor del viento que agitaba las plataneras y el crepitar lejano de las grandes llamas de devoraban la casa de la señorita Gibson. Cada paso que daba sacudía las hojas secas con un sonido que en aquel silencio parecía recorrer muchos kilómetros antes de perderse en el aire.

Entonces escuchó un ruido a su espalda. Aguzó el oído.

Silencio.

Comenzó a andar de nuevo, pero el sonido regresó, como si fuera el eco de sus propios pasos. Se detuvo. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Las sombras empezaban a engañar a sus sentidos?

El sonido regresó. Algo se movía en la oscuridad. Arturo sintió que le faltaba el aliento. Se agachó y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aire. Aquello no podía estar pasando. Sudaba por cada poro de su piel y sentía los músculos agarrotados. Estuvo tentado de dejarse caer allí mismo.

De pronto, dos puntos rojos surgieron en las sombras, entre los troncos de las plataneras. Parecían dos ascuas de una hoguera sostenidas en el aire. Escuchó el sonido de líquido chapoteante y supo que la bestezuela se relamía en aquella boca sin dientes.

Le había encontrado.

Arturo se rindió. Se dejó caer de rodillas, incapaz de obligar a su cuerpo a dar un paso más. El miedo lo tenía atenazado. Además, ¿adónde iba a ir? Arucas pertenecía a aquella gente. Desde que diera un paso fuera de la finca le atraparían y entonces, ¿qué? Estaba seguro de que no les haría ninguna gracia el que les hubiera estropeado la fiesta.

Descubrió sin asombro que estaba llorando.

—Qué vergüenza... —dijo una voz a escasos metros.

Arturo no tuvo que levantar la mirada para saber que era Esteban. Por algún motivo, no le sorprendió. Esteban, el que siempre estaba presente. Alzó la vista y allí estaba, sin la túnica, elegante con su traje recién planchado, como si nada de lo ocurrido tuviera que ver con él. A su lado, reptando desde las sombras, apareció el demonio. Arturo se cayó de culo sobre la hojarasca. Trató de abrir la boca para avisar a Esteban, pero no logró articular palabra. Para su sorpresa, el ser se situó junto al hombre y se detuvo allí, babeando. Le pareció que era más grande y su piel estaba tersa y turgente, como si hubiera rejuvenecido. Esteban caminaba con total normalidad. De la lesión en la pierna no quedaba nada.

—Está aquí, lloriqueando como un niño, en vez de afrontar su destino como un hombre.

—No es mi destino —musitó Arturo con un hilo de voz.

—Oh, claro que no. —Esteban hizo un gesto despreocupado con la mano—. Es una forma de hablar.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada, mi querido señor Aranda.

Arturo trataba de comprender. Esteban bajó la mirada hacia el demonio.

—Benetoth ya se ha alimentado, y yo con él, así que ya no necesito nada de usted.

Arturo estaba anonadado. No entendía nada. Esteban sonrió. Era una mueca horrible, la sonrisa de un hombre que ha visto tantas cosas que ya nada le importa, que nada le afecta.

—Digamos que la sangre de Francisco ha sido un manjar para él.

Por si la situación era poco aberrante, su interlocutor acarició la cabeza de la bestia, que le llegaba a la cintura, como si fuera un perro. Benetoth sacó la lengua y acarició la mano de Esteban con ella, dejando un rastro de baba espesa.

—Ahora solo tiene que regresar con Leonor y descansar hasta que vuelva a tener hambre. Ha interrumpido usted el ritual y a esa gente —señaló con el dedo pulgar por encima del hombro— voy a tener que darle algunas explicaciones, pero bien está lo que bien acaba, ¿verdad? Se creerán cualquier cosa que les diga. Eso es lo bueno de estas personas tan manipulables: dales un poco de magia y los tendrás comiendo en la palma de tu mano.

—¿Magia?

—Magia, poder, ilusión... Llámelo como quiera. Ellos la ansían y yo les permito que la atisben lo justo para mantenerlos ahí, a mi lado. En el fondo, es muy divertido.

Esteban emitió una carcajada seca y fría, sin ningún humor.

—Dentro de algunos años repetiremos el ritual como si esto de hoy no hubiera ocurrido,

aunque el bueno de Francisco no esté de acuerdo. —Ahora sí que río con ganas de su propio chiste—. El pobre, creía que sería el nuevo Portador, y yo estaba dispuesto a otorgárselo, solo por darle el gusto, pero tener que mudarme a su casa era todo un engorro para mí. Por eso he mantenido a Leonor como Portadora todos estos años. Hasta alguien como yo se acostumbra a las comodidades, ¿no cree?

De entre todo aquel discurso aberrante, la mente de Arturo solo lograba retener una información importante.

—Entonces, ¿no vas a matarme?

La sonrisa de Esteban se ensanchó. Arturo sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Para qué? Mi objetivo de esta noche está cumplido. No, no le mataré. No soy un salvaje y mi amigo ya está saciado por una buena temporada. No, señor Aranda. Lo que tengo planeado para usted es mucho peor.

Para Arturo fue como recibir una bofetada. La diminuta chispa de esperanza que había brotado en su pecho desapareció de pronto, borrada de un plumazo. Sendas lágrimas escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

—¿Qué hay peor que la muerte?

—Oh, amigo mío. Hay cosas peores, mucho peores. Regresará usted a casa. Encontrará un barco que le lleve de nuevo a la península y recuperará su vida, pero lo que ha vivido aquí le acompañará siempre. Nadie le creerá cuando intente contarle. La gente quiere vidas sencillas y plácidas en las que la magia y la muerte no tengan cabida. Se negarán a aceptar que lo que les cuenta es cierto hasta que deje de intentarlo. Con el tiempo, el recuerdo de lo ocurrido aquí esta noche se difuminará y empezará a dudar de si lo ha vivido de verdad o si todo ha sido producto de su imaginación. Al fin y al cabo, ¿cómo puede saber que no está durmiendo en su cama y teniendo una inquietante pesadilla en este mismo momento?

—Estoy despierto. El dolor...

—Claro que está despierto y todo esto es muy real —Esteban volvió a apoyar la mano sobre la bestia—, pero pronto empezará a dudar de ello. Con los años, la duda empezará a afectarle. Enloquecerá.

Esteban dio dos pasos y venció la distancia que los separaba. Se agachó y sus rostros quedaron a la misma altura. Alzó una mano y, con el dedo índice estirado, tocó a Arturo en la frente.

—Y eso, señor Aranda, es peor que la muerte.

—No... —Arturo sentía que la sangre abandonaba su rostro.

Esteban se giró y echó a andar en la misma dirección de la que había llegado.

—¡No! —volvió exclamar Arturo.

Esteban no se dio la vuelta. En unos segundos, había desaparecido entre las sombras. El demonio Benetoth se mantuvo allí unos instantes más, mirándolo con aquellos ojos de fuego rojo, pero al final también se perdió en la oscuridad.

—¡No! ¡Vuelve!

El cuerpo de Arturo falló y se desmadejó en el suelo cubierto de hojarasca sin dejar de llorar. La voz se le perdió.

—¡Por favor! —musitó—. No me dejes aquí... Márame...

El viento le trajo el sonido de una risa procedente de las sombras.

Arturo Aranda miraba hacia el horizonte desde la cubierta del Ciudad de Málaga mientras el viento agitaba sus cabellos apelmazados. Estaba sentado en una tumbona y llevaba horas sin moverse de allí. Varios miembros de la tripulación se habían acercado a él para preguntarle si se encontraba bien, pero él se limitaba a responder con monosílabos y ronquidos. Lo único que deseaba era que lo dejaran en paz.

Cubría su cuerpo con una manta que había cogido del camarote. No tenía equipaje, así que no podía aspirar a nada mejor. Todas sus cosas habían quedado en la Casona de los Torres, quizás perdidas para siempre si el incendio había sido tan violento como le había parecido. Pero no iba a volver a buscarlas.

El regreso desde Arucas hasta Las Palmas era un recuerdo difuso en su mente. Había vagado durante horas o días por el cultivo, incapaz de orientarse o pedir auxilio, hasta que había encontrado el linde y alguien le había ayudado a llegar al pueblo. Un médico había atendido sus heridas, pero él no había podido responder ninguna pregunta sobre su procedencia. Recordaba haber visto a Echedey a su alrededor mientras le dirigía palabras amables en un encomiable intento por infundirle ánimos.

El camino en mula desde el pueblo hasta el puerto casi no existía en su memoria. Solo la voz del chico, que se había ofrecido a regresar a su lado hasta la capital, lo había atado a la realidad durante todo el arduo trayecto.

No recordaba haberse despedido de él cuando ya estaba en el barco, a pesar de no tener dinero ni equipaje. El capitán lo recordaba del viaje de ida y le facilitó pasaje con la promesa de abonar el importe al llegar al destino, pero Arturo aún no sabía cómo iba a hacerlo. No le importaba. Lo único que deseaba era poner la mayor distancia posible entre él y esa isla maldita.

Apenas había logrado probar bocado desde que había escapado de la finca. Tenía el cuerpo dolorido y el pecho le ardía por el escozor de los puntos que habían tenido que ponerle para cerrar la herida que le había provocado Francisco.

«Digamos que la sangre de Francisco ha sido un manjar para él».

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente, pero no lograba que se esfumaran del todo. No conseguía dejar de pensar en todo lo vivido aquel día, en lo cerca que había estado de morir.

«Y eso, señor Aranda, es peor que la muerte».

La voz de Esteban lo torturaba desde el recuerdo.

Pero algo le estaba pasando. Cuando había tratado de recordar el nombre de la bestia había necesitado varios minutos para hacerlo, como si ese detalle empezara a difuminarse entre la bruma de sus pensamientos, y las palabras de Esteban comenzaban a adquirir tintes proféticos.

«Con los años, la duda empezará a afectarle. Enloquecerá».

Un escalofrío le recorrió el cuerpo y supo que no era por culpa de la brisa marina.

AGRADECIMIENTOS

El relato que acabas de leer se viene gestando desde hace bastante tiempo. Lo compuse para un proyecto de una editorial que al final se quedó en nada y desde entonces ha estado dando vueltas, buscando su forma definitiva y un hogar calentito que lo quisiera. Este hogar ha sido Fundación, este proyecto tan hermoso que espero vuele muy alto y durante muchos años.

Llevo publicando libros desde 2009, lo que hace ya quince años ininterrumpidos. En todo este tiempo he hecho muy buenas amistades dentro del mundillo literario y, sobre todo, estupendos lectores. Tú eres uno de ellos, así que mi primer agradecimiento es para ti, por permitirme seguir disfrutando de esta profesión que adoro y disfruto a cada momento y casa paso dado.

También quiero agradecer a Jorge Liria su apoyo y orientación, absolutamente impagable teniendo en cuenta la experiencia con la que cuenta en su trayectoria como escritor y, sobre todo, como editor. Su participación en mi carrera literaria no puede menospreciarse.

Gracias a Adrián Trujillo Marrero, un inesperado compañero de aventuras en esto de escribir y componer textos. Su apoyo y generosidad se merecen todo mi agradecimiento.

Gracias a Leandro Pinto por ser el primero en leer este manuscrito y darme sus impresiones. Sus aportaciones siempre son acertadas y muy bien recibidas.

Esta aventura ya es tuya, querido lector. Espero que hayas disfrutado mucho.



www.editorialfundacion.es